

La Ilustración Nacional

Administración: Almirante, 2 quintá.º

MADRID
30 de Enero de 1887.

Año VIII.—Núm. 3

BELLAS ARTES



UNA DAMA POMPEYANA EN SU TOCADOR (Cuadro de M. Heva Coomans).



SUMARIO

GRABADOS: Una dama pompeyana en su tocador (cuadro de Mlle. Heva Coomans).—Nevada en la sierra (composición y dibujo de Riudavets).—Toledo: incendio del Alcázar.—Costumbres modernas: una partida de dominó.—D. Antonio M. de Fontes Pereira de Mello.—Vestigios de la civilización romana en España: restos del acueducto de Mérida.—El puente romano de Ronda.

TEXTO: Crónica, por D. F. Serrano de la Pedrosa.—Dama pompeyana en su tocador (cuadro de Mlle. Heva Coomans).—Nevada en la sierra (composición y dibujo de Riudavets).—Toledo: el incendio del Alcázar.—Costumbres actuales: la partida de dominó.—Excmo. Sr. D. Antonio M. de Fontes Pereira de Mello.—Vestigios de la civilización romana en España (dos grabados).—Abnegación (soneto), por D. J. Guillén Buzarán.—Tradiciones de Avila: el castillo *Mas que te pese*, por D. Valentín Picatoste.—*Io piangeva ai suoi piedi* (de L. Stacchetti), por D. Cayetano de Alvear.—El gobierno de los generales, por D. A. Ordax.—Una evocación, por don Luis Barthe.—Los egoístas, arreglo del inglés por A. Ordax (continuación).—El escéptico (soneto), por D. M. Bellido.—Espectáculos, por *Cantaclaro*.—Bibliografía.—Anuncios.—Sobre eubierta, por D. E. de Palacio.—Charadas.—Solución a las anteriores.—Importante.

CRÓNICA

Dícese que cuando un edificio amenaza inminente ruina, los ratones lo abandonan.

La inteligencia de estos arquitectos por sustracción (sabido es que se construye por adición y por sustracción, sobreponiendo materiales ó socavando una masa); esta rara inteligencia, repetimos, está acreditada desde luengos tiempos, y nadie ha tenido el mal gusto de negar á los ratones lo que difícilmente se concede á un arquitecto municipal; esto es, la infalibilidad con que predicen el hundimiento de un edificio. Y no hace mal el vulgo, porque á veces el edificio se hunde y no se encuentra el cadáver de un solo ratón entre los escombros.

No falta entre los humanos gente que haya recogido y aprovechado la lección, y buena prueba de ello son los bolsistas, que abandonan el edificio del concierto europeo en cuanto dicho edificio se cuarteja.

Como descende el mercurio en el barómetro al aproximarse la tempestad, así bajan en Bolsa los valores al aproximarse la guerra.

El oro y la plata forman un matrimonio pacífico y de gustos aristocráticos; tienen un hijo menor, el papel, al cual miman mucho y se les sube á las barbas, y un chicuelo más crecido, de mala cabeza y gustos plebeyos: el cobre.

Excepción hecha de este último individuo, único que asoma la nariz á la calle en días de jarana, toda esta apreciable familia desaparece como por encanto al solo anuncio de que entran en juego otros dos metales hermanos; metales enemigos de los citados: el hierro y el plomo.

Dejando á un lado las imágenes, sucede que el conflicto se viene encima y los valores bajan con una rapidez que asusta.

Mejor diríamos que ha surgido ya; porque Inglaterra no puede hacerse ilusiones respecto de la insurrección de la India, y si hasta ahora no ha encontrado el cadáver de un ruso bajo el disfraz de algún tártaro, esto consiste en que hasta ahora se ha visto obligada á *hacer mutis* por el foro antes del final de los encuentros.

Entretanto las naciones rivales de Occidente se preparan á una lucha terrible, y fuerza es reconocer que las condiciones han variado mucho desde 1870 hasta hoy.

Alemania se ha empobrecido, mientras que Francia ha aumentado considerablemente su riqueza; el ejército francés, numéricamente superior al alemán, ha descansado poco desde la última guerra; la Alsacia y la Lorena despiertan en los franceses el patriotismo; y la experiencia, por último, debe dar á Francia la previsión y la cautela que no mostró en otras ocasiones.

Los alemanes, en cambio, tienen ciertas ventajas, que pudiéramos llamar *de raza*, pero que no bastan para la resolución del problema, porque hay una incógnita que sólo podrá ser despejada en el momento del combate: los adelantos científicos.

En realidad, no sabemos de qué modo van á luchar alemanes y franceses. ¿Cuál de las dos naciones habrá resuelto la navegación aérea? ¿Cómo la aplicará al arte de la guerra? ¿Cuáles serán los efectos?

Porque pensar que los globos, ó cualesquiera otros aparatos de navegación aérea, no van á pasear por la atmósfera otro cañón que el de un anteojo, sería demasiado optimismo.

Los globos pueden convertirse en máquinas terribles.

Y una vez que es lícito matarse, lo de menos debe ser el procedimiento, por terrible que resulte.

Los madrileños en estos últimos días han fijado su atención en cosas muy distintas de las que acabamos de mencionar.

Cumberland toma las ideas del cerebro del prójimo, con la misma facilidad que ciertos prójimos sacan un duro del bolsillo de un amigo.

Es de ver la cara que pone la pobre ciencia cada vez que ocurre una cosa de estas.

Primera explicación: hay compadrazgo.

Rechazada desde el principio.

Segunda explicación: es imposible que la cara y los músculos del individuo se conserven completamente impasibles cuando Cumberland va llegando con su mano al sitio donde aquél ha recibido el pinchazo de un alfiler.

Igualmente rechazada, en vista de otros experimentos.

Tercera explicación: los experimentos son siempre los mismos, y la costumbre de verlos seguidos en esta ó en la otra forma, por tales ó cuales gentes...

Rechazada también: el hábito no puede revelar el número de un billete de Banco.

La ciencia calla, va á ver á Cumberland, y abre un palmo de boca.

Y mientras la ciencia no domine el mecanismo fisiológico de estos fenómenos, la sociedad debe una función de desagracias á las gitanas, á los apóstoles y á Romero Robledo, que sabe lo que piensa el general López Domínguez, sin que el general López Domínguez sepa lo que piensa Romero Robledo.

Afortunadamente para Cumberland, su arte exige ciertos procedimientos sin los cuales no hay adivinación. Si le bastase salir al escenario para adivinar sin más ni más lo que piensan todos y cada uno de los espectadores, sería muy desgraciado. En veinte cerebros de espectadores leería inmediatamente: «este hombre debe ser un farsante;» veinte espectadoras se permitirían no encontrar agradable el físico del adivino; veinte Tenorios pensarían matarle si los descubría, y algún poli-

tico disidente daría muestras de estar muy intranquilo por si Cumberland sacaba á luz *la madre del cordero*.

Se convencería, en fin, de que la familia humana dispone del lenguaje para disfrazar su pensamiento, y que la mayor y la más violenta de las agresiones es meter la nariz debajo de un sombrero de copa.

Cuando está ocupado, se entiende.

Por fortuna, repetimos, no es así.

Cumberland necesita coger la mano del pensador y posarla en su frente (en la de Cumberland); y exige, además, que se concentre el pensamiento con bastante fuerza de atención.

Y aquí puede surgir un incidente de mil demonios.

Puede darse el caso de un hombre poseído de lo que Edgard Poe llamaba el *demonio de la perversidad*, ese espíritu diabólico que hace confesar á gritos en mitad de la calle un crimen, *por lo mismo* que nos importa ocultarlo y que *tememos* que se nos escape...

Figúrense ustedes que Cumberland ha invitado á los espectadores que lo deseen, á subir al escenario y someterse á los experimentos. Un caballero se levanta, deja la capa y el sombrero en la butaca inmediata á la que ocupa su esposa, para indicar que está comprada (la butaca), y estirando los puños de la camisa, sube al escenario.

Cumberland le invita á que concentre su pensamiento, y aquí empieza lo verdaderamente grave; es decir, aquí el *demonio de la perversidad* hace á nuestro hombre pensar en lo único de que no debe acordarse en aquel momento...

Ya han adivinado ustedes el desenlace.

Cumberland pronuncia un nombre femenino, oyese un grito en las butacas y una bofetada en el escenario, coro de polizontes por la lateral derecha, etc.

Ya tenemos billetes falsos...

Es decir, nosotros no tenemos ninguno: los tienen ustedes ó sus amigos y conocidos ó sus desconocidos; porque habrán observado ustedes que cada cual tiene sus desconocidos, como tiene sus parientes.

El hecho es que existen billetes falsos.

Lo único que nosotros tenemos es una receta que sirve para conocerlos, según asegura el Banco de España que la ha publicado en los periódicos, y en realidad no sirve para maldita de Dios la cosa.

También el mismo Banco ha abierto al aire libre una clase gratuita de dibujo, para los que gusten ir á la calle de Atocha á comparar un billete falso con uno bueno.

Todo inútil.

Lo que nosotros aconsejamos al Banco de España es que ponga á sus billetes un letreiro que diga: *este es bueno*.

A ver si los falsificadores se pican entonces y ponen en los suyos: *este es mejor*.

De otro modo no adelantaremos nada.

¡Bien haya el popular filántropo D. Manuel Santa Ana!

Lo que multitud de gobernadores de Madrid, que disponían de los fondos de la higiene (así la llaman), no habían podido resolver hasta ahora, lo ha resuelto de la manera más sencilla la iniciativa particular en el Hospital para la noche.

¡Lástima que el ilustre propietario de *La Correspondencia de España* no siga haciendo de gobernador oficioso para la cuestión de orden público, por ejemplo!

Hace pocos días publicó un colega una estadística, de la cual se deduce que tiene Madrid muchas más calles que individuos el mencionado cuerpo.

Así se anda un kilómetro desde un *guardia* a otro.

¡Se les debía dar el empleo de piedras miliarias!

En vez del número, podrían llevar en la gorra el consabido «A Madrid, 8 kilómetros.»

Cambiando un poco de tono, diremos que la filantropía del Sr. Santa Ana nos recuerda una importante solemnidad que deberá celebrarse el mismo día en que saldrá este número de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL.

Nos referimos a la inauguración en Aranjuez del Asilo de huérfanos de infantería.

En el próximo número nos ocuparemos con toda preferencia de este suceso, que reviste verdadera importancia y patentiza cuánto puede obtenerse por su bien entendido sistema asociación.

Su Majestad la Reina Regente, cediendo generosamente el local, ha dado nueva prueba de los nobilísimos sentimientos de su corazón.

El digno director del arma, señor marqués de Estella, y el secretario, el joven, inteligente y activo brigadier D. Narciso de Fuentes, se han excedido a sí mismo, proyectando los trabajos y reformas en el local, dirigiéndolo todo, y no perdonando medio, fatiga, ni diligencia para llegar al asombroso resultado obtenido.

La opinión unánime señala al señor brigadier Fuentes como muy próximo al generalato; y cuando la opinión se manifiesta así, es porque conoce los méritos y sabe apreciarlos.

Muy de veras celebraremos, y con nosotros la inmensa mayoría del ejército, ver en breve cumplido este voto del público imparcial y desapasionado.

Le mot de la fin.

En los Estados Unidos ha llevado a cabo un doctor de Medicina una operación bastante arriesgada.

Tratábase de abrir el estómago del enfermo para extraer un cuerpo extraño.

Pero lo más extraño es que este cuerpo y este caso constituyen el colmo de la gula.

Porque el cuerpo que el individuo en cuestión se había tragado, era su propia dentadura.

Nota. Usaba palillos especiales.

F. SERRANO DE LA PEDROSA.

DAMA POMPEYANA EN SU TOCADOR

(CUADRO DE MLE. HEVA COOMMANS)

El nombre de esta distinguida y original artista no es desconocido para los lectores de LA ILUSTRACIÓN NACIONAL.

El precioso cuadro *Vendedora de flores en Pompeya*, que no ha mucho publicamos, reproducido por el grabado, al frente de uno de nuestros números, es debido al pincel inspiradísimo de la joven y ya famosa Mlle. Heva Coommans, y forma pareja con el que hoy damos en la portada, y que representa una dama pompeyana en su tocador.

Cuanto dijimos a propósito de aquel cuadro, puede aplicarse a éste. La exactitud de los detalles nos hacen revivir en la época en que floreció la ciudad destruida por un espantoso cataclismo. El cuidado y atención que la linda dama emplea en su tocado, el estudio con que procura dar realce con el pincel a sus naturales atractivos, demuestra que la coquetería femenina de aquellos tiempos no cedía en nada a la coquetería de las mujeres que bullen en el siglo del vapor y de la luz eléctrica.

NEVADA EN LA SIERRA

(COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE RIUDAVETS)

La nieve, cayendo en finos y menudos copos, envuelve en blanco sudario las escuetas y peladas rocas, las rugosas y viejas encinas, los pobres y secos arbustos, desprovistos de hojas por el aliento del huracán; los vallados y senderos, las pendientes de áspera declive y las escuetas gargantas.

Como actores de esta escena tristísima aparecen varios lobos hambrientos que lanzan feroces aullidos, como si se dieran misteriosa cita para bajar a la llanura y sorprender algún redil cercano.

Tal es el grabado del Sr. Riudavets, que ofrecemos en la pág. 36 del presente número.

Toledo.

EL INCENDIO DEL ALCÁZAR

Como la prensa diaria se ha ocupado larga y detalladamente de este tristísimo suceso, y nosotros mismos en nuestro número anterior, al publicar una hermosa vista del soberbio alcázar de Carlos V, tal como se hallaba antes del siniestro, hubimos ya de expresar nuestro profundo pesar, nos limitaremos hoy a extraer de una interesante carta que oportunamente no fué remitida por nuestro celoso corresponsal en Toledo, algunos párrafos que contienen noticias exactísimas y que rectifican errores divulgados en los primeros momentos de conocerse la catástrofe.

El oficial que se hallaba de guardia el día del suceso, subió a la Biblioteca a eso de las cuatro y media de la tarde, acompañado de unos forasteros a quienes enseñó el Colegio, sin notar entonces señal alguna que anunciara el próximo siniestro.

A las cinco, un ordenanza entró en el Salón Regio, situado a continuación de la Biblioteca, y tampoco advirtió nada de particular.

Apenas habían pasado tres horas, cuando este mismo ordenanza, que era el del cuarto de banderas, avisó al oficial de guardia que se veía humo en la galería Norte, correspondiente a los citados departamentos. El oficial salió en seguida al patio y desde allí a la explanada del Alcázar, desde donde pudo distinguir llamas en las ventanas de la Biblioteca.

Inmediatamente hizo tocar generala, y las compañías 1.^a y 2.^a bajaron al patio sin pérdida de tiempo, conducidas por el comandante de servicio, que se hallaba en aquel momento revistándolas.

Al enterarse de lo que ocurría, corrió dicho jefe a la Biblioteca, y al penetrar vió ardiendo una parte de la estantería y el local inundado de humo. Instantáneamente se corrió el fuego por la estantería con gran violencia, haciendo retroceder a los que entraban, que sólo pudieron salvar algunas sillas. Entonces el comandante trató de entrar por el salón árabe al regio, pero no pudo permanecer allí por el humo densísimo que llenaba la estancia.

Descendió al patio, y entre otras disposiciones, ordenó que las dos compañías de alumnos salieran a la explanada, en vista del inminente peligro de que el vestíbulo se desplomara. La necesidad era a la verdad urgente; apenas salió la primera compañía, desplómose con horrible estrépito todo el cinc del artesonado del vestíbulo.

En aquel momento preciso iba a entrar el coronel jefe de estudios con el primer profesor, cuando un portero les detuvo. A seguida se hundió todo el

piso del Salón Regio, que correspondía encima del vestíbulo, y en los humeantes escombros quedaron sepultadas varias piezas de artillería: dos Plasencia, dos Krup antiguas, de a ocho, una transformada del mismo calibre, una de bronce, también de a ocho, un Wintwort, procedente de los carlistas, un mortero y cuatro arzones.

La comunicación con la explanada quedó cortada desde este instante. Se empezó a desocupar el cuarto de banderas, que estaba debajo de la Biblioteca; pero ésta se desplomó en breve y hubo que renunciar a extraer la mayor parte del mobiliario.

Entretanto llegaron las bombas; pero ya no podrían tener acción sobre la Biblioteca, que era un verdadero volcán. Intentóse hacer una cortadura en la cubierta Norte, mas las llamas y el viento, que lanzaban una nube de tejas en la misma dirección, hizo retroceder a los operarios. El fuego se corría seguidamente por las cubiertas de todo el frente y por los artesonados de las galerías interiores, haciendo imposible la estancia en el patio, sobre el que caía un diluvio de tejas y cristales.

Todo esto ocurrió en menos tiempo casi del que se tarda en relatarlo. A las diez, nada quedaba del ala Norte, y la occidental ardía entera. Las bombas no alcanzaban desde fuera a las grandes alturas del Alcázar, y eran pocas; no había, además, posición desde donde se pudiera dominar el edificio para seguir el incremento del fuego, que avanzaba en dos direcciones y en toda la altura del grandioso monumento. En fin, a las cinco de la mañana, el Alcázar ardía por todas partes, y los esfuerzos hubieron de concretarse a salvar el edificio de Capuchinos e impedir que el fuego se propagase a los sótanos abovedados. Los dos objetos se consiguieron en parte, así como salvar bastantes departamentos de la fachada Sur. Oportunamente habíase extraído, aunque no sin riesgo, las municiones.

Al terminar el breve y exacto relato de este infuisto suceso, añade profundísimamente conmovido nuestro corresponsal: «Todo el inmenso trabajo de tanto tiempo, se ha perdido. Podía enseñarse con orgullo la Academia a propio y extraños; había una magnífica Biblioteca, muy semejante a la del Ateneo de Madrid; la sala de dibujo, situada en dos galerías, era espaciosa, con material nuevo; se habían establecido depósitos en dos torreones para repartir el agua por todo el Alcázar, la máquina de vapor funcionaba ya, y sólo faltaba hacer una conducción de 150 metros para tener dicha obra concluida; se estaba montando un servicio telefónico, y pronto debían quedar terminados otros trabajos no menos importantes.»

El grabado que ofrecemos en la pág. 37 de este número, debido al lápiz de un reputado artista y colaborador antiguo de nuestro periódico, da idea exacta del lamentable suceso que tanto ha preocupado la atención pública, ocasionando a la nación y al ejército una inmensa e irreparable pérdida.

COSTUMBRES ACTUALES

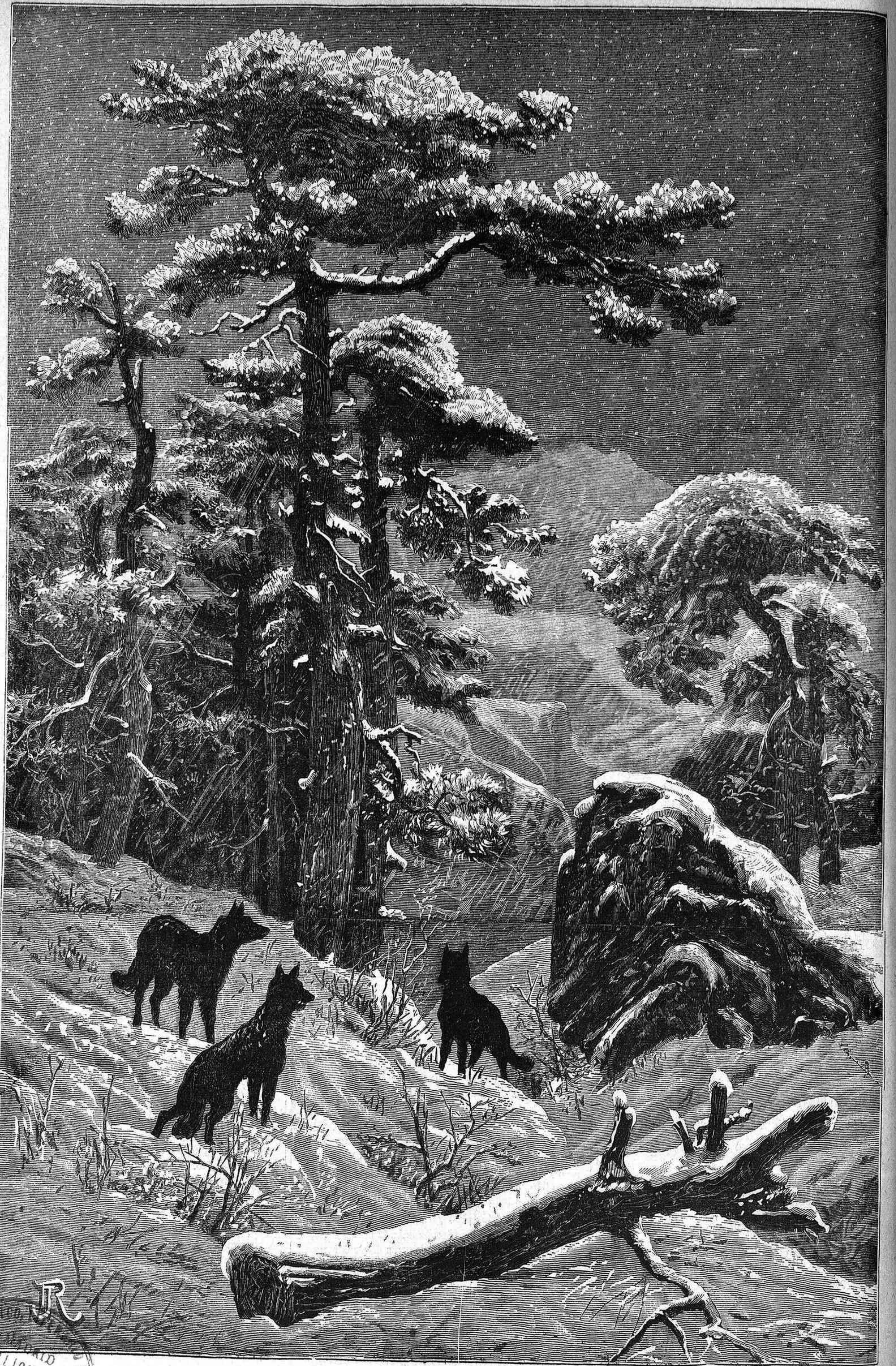
La partida de dominó.

Poco ó nada se nos ofrece decir a la vista de este grabado, porque la verdad y la expresión que en él se advierten, dice seguramente mucho más que cuanto pudiéramos expresar nosotros a modo de comentario.

El artista ha hecho un profundísimo estudio en las fisonomías de los tres individuos; dos jugadores de dominó y un tercero que asiste como testigo, y con el mayor interés, a la empeñada partida.

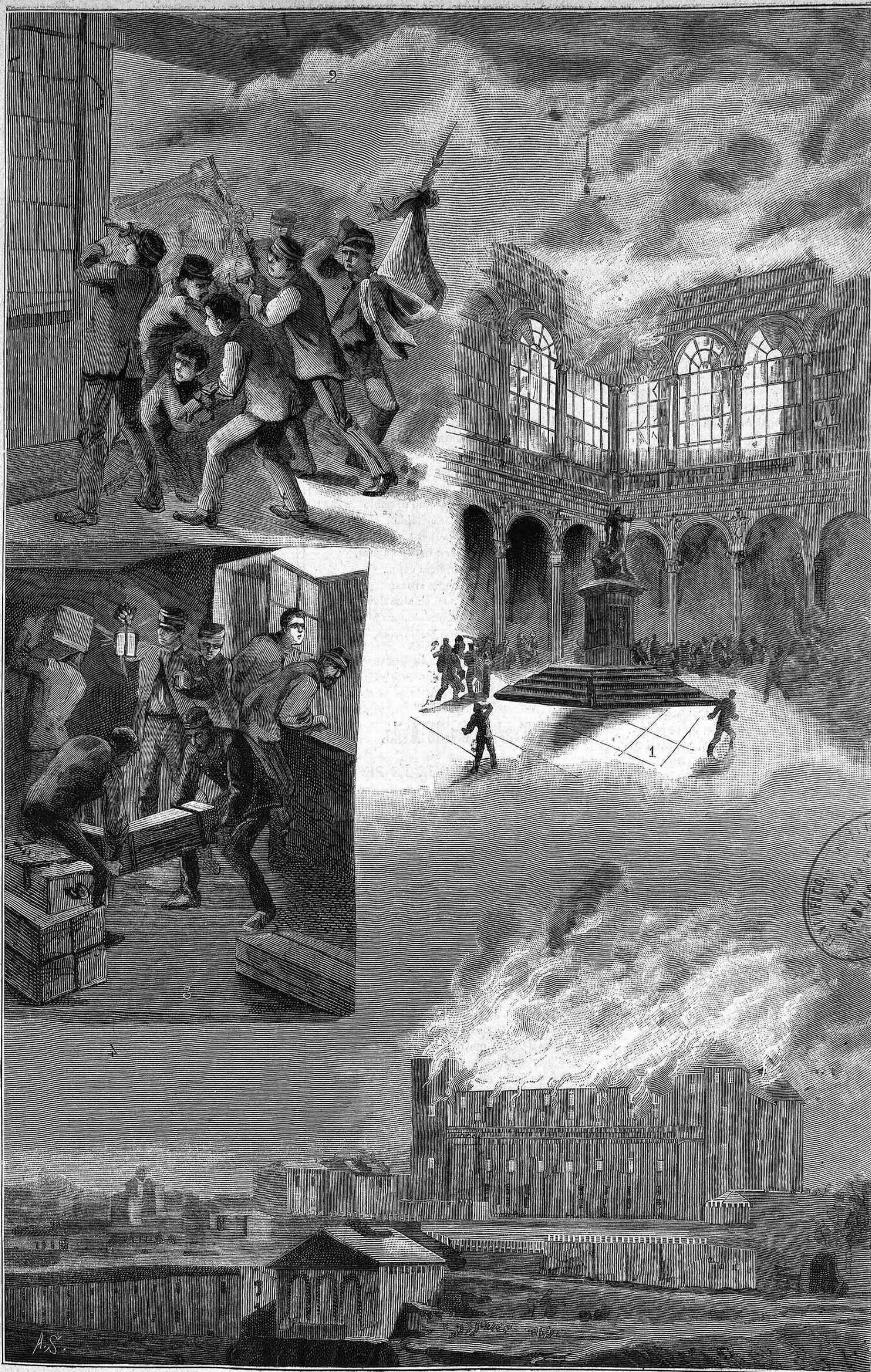
Se trata de una jugada decisiva. Uno de ellos cree seguro su triunfo, y mira con sorna a su rival que, absorto en las profundidades del cálculo, medita la solución favorable para él, del lance que se le propone.

El notable grabado de las páginas 40 y 41, que representa esta curiosa escena, es reproducción acabada del cuadro del pintor M. Salzedo, premiado en la última Exposición de París.



NEVADA EN LA SIERRA (Composició i y dibujo de Riudavets).





TOLEDO.—INCENDIO DEL ALCÁZAR (Composición y dibujo de Lagarde).

1. Interior del patio.—2. Salvando los efectos del cuarto de banderas.—3. Extracción de las municiones del polvorín.—4. Vista del edificio á las cuatro de la madrugada.

Excmo. Sr.

D. Antonio M. de Fontes Pereira de Mello.

A las siete de la tarde del sábado 22 del corriente falleció en Lisboa el respetable repúblico portugués D. Antonio de Fontes, jefe reconocido del partido conservador.

Era el Sr. Fontes una figura de gran relieve en la política portuguesa; el hombre público quizás de más prestigio y respeto en la vecina nación.

Desde ha mucho tiempo, y sin embargo de las ambiciones que en el seno de su partido existían, se le consideraba el caudillo más caracterizado de las fracciones conservadoras; y gracias á su prestigio y á su personal autoridad, había logrado evitar siempre, y sobre todo en los largos períodos que desempeñó la presidencia del Consejo de ministros, las disgregaciones de los elementos gubernamentales y hecho respetar el prestigio de las instituciones contra los ataques apasionados é injustos de republicanos y progresistas, entonces impacientes porque se figuraban que la regia prerrogativa no había jamás de ejercerse en favor de una política expansiva y liberal.

Fontes llegó al más alto puesto de la milicia, pero dió preferencia á la política militante, poniendo siempre especial empeño en el fomento de todos los intereses del país y cuidando de evitar con energía y celo perturbaciones que pudieran tener origen en impremeditadas reformas. Sin embargo, Fontes llevó á cabo la revisión constitucional, que era una necesidad por todos reconocida.

Portugal debe mucho al jefe de los conservadores, y por grandes que hayan podido ser sus errores, ó extremados los ataques que se le hayan dirigido en vida, su muerte ha causado un duelo inmenso, al que han sabido asociarse sus mayores adversarios.

En España era Fontes muy conocido, particularmente en Madrid, donde se recuerda con gusto su presencia en ocasión del viaje que hicieron á esta corte SS. MM. Fidelísimas, en Mayo de 1883. Entonces Fontes, correspondiendo á los obsequios de que se vió objeto, hizo oír su autorizada y elocuente palabra en varias reuniones públicas, expresando sinceros votos en favor de la prosperidad y engrandecimiento de las dos naciones hermanas.

En el Centro Militar, donde se celebró solemnísimamente en honor de los viajeros portugueses, el Sr. Fontes, entonces presidente del Consejo de ministros de Portugal, pronunció un inspirado discurso, poniendo de relieve los hechos más culminantes de nuestra historia, y sus vehementes frases fueron interrumpidas á cada momento por salvas atronadoras de aplausos y exclamaciones, inspiradas en sincero entusiasmo patriótico.

Duerma en paz el Sr. Fontes, en medio de ese noble pueblo portugués, á cuya prosperidad dedicó sus existencia y consagró su envidiable talento. España, que le brindó un día franca hospitalidad, se asocia al pesar que en esta ocasión siente la nación vecina, y dedica un recuerdo á la memoria del ilustre estadista y del honrado ciudadano que deja escrito su nombre en los anales del pueblo en que le cupo la honra de nacer.

VESTIGIOS DE LA CIVILIZACIÓN ROMANA en España.

(DOS GRABADOS)

El suelo de nuestra península se halla literalmente sembrado de ruinas que atestiguan con su mudo lenguaje la larga dominación romana y los admirables progresos realizados por la arquitectura en aquel extenso período histórico.

Entre tantos restos de la pasada edad, consérvense aún, sin haber sufrido apenas menoscabo, construcciones enteras, justificando así la frase proverbial, «obra de romanos», con que el vulgo señala las de difícil ó imposible realización que tienen carácter de eternas.

Especialmente puentes y viaductos, muchos se conservan hoy utilizados por el tráfico, que datan del primer siglo del imperio, de los reinados de Augusto á Marco Aurelio, especialmente, debiendo contarse en aquel número el famoso puente romano de Ronda, y el aún más famoso acueducto de Mérida, la célebre Emérita Augusta octaviana.

Ambos monumentos, tal como se conservan hoy, se ven exactamente reproducidos en los grabados de las páginas 44 y 45. El primero ofrece y ofrecerá por mucho tiempo la solidez pasmosa que el pueblo rey supo dar á todas sus obras; del segundo sólo se ven algunos trozos, que bastan, sin embargo, para que ante ellos pueda apreciarse el grado de civilización y de cultura alcanzado por aquella raza privilegiada y poderosa.

Abnegación.

SONETO

Es un carácter el de Ruiz, entero,
Y en punto á su firmeza, inalterable;
Siempre fijo le vi tierno y amable
Junto al que manda por deber y fuero.

Jamás supo seguir otro sendero:
Y aparte de su gloria, ¿cómo es dable
Explicar la virtud incomparable
De tan aventajado caballero?

El menos ducho, si su ingenio aguza,
Ha de poner á su extrañeza coto...
Este rayo de luz la mente cruza:

Ruiz es cristiano; y en su afán devoto,
Aunque á mandar viniera el moro Muza,
De ser ministerial tiene hecho voto.

J. GUILLÉN BUZARÁN.

Madrid, Octubre 1886.

Tradiciones de Ávila.

El castillo MAS QUE TE PESE

En la parte meridional del valle de Amblés, formado por las vertientes al Mediodía de la sierra de Ávila, conocido en el país con el nombre de *Baldíos*, las elevaciones de la Paramera por el Este y el puerto de Villatoro por Occidente, se levanta el vetusto torreón ó castillo objeto de nuestro artículo.

Desde su almenada torre se domina perfectamente el espacioso valle regado por multitud de riachuelos que, á ser mejor utilizadas sus aguas, le harían más risueño, más pintoresco y de más lozana vegetación; sembrado de aldeas que han adquirido justa celebridad por el clásico y airoso traje de ancho sombrero, ajustado corpiño, refajo de vuelta que deja al descubierto la roja media y zapato de anchas hebillas, que con tanta gracia y donaire saben lucir sus hermosas hijas en las grandes solemnidades de la aldea y cuando concurren á la capital.

Nada de particular nos presenta en su fábrica; es un centinela avanzado, cuya estructura en nada se separa del sistema de fortificación empleado en los castillos y torreones que con frecuencia encontramos en las comarcas de Castilla, y singularmente en los pueblos de la provincia de Ávila que han tenido alguna importancia histórica, ya como puntos estratégicos, ya como morada de familias de elevada alcurnia, á quienes las vicisitudes de la política y vida cortesana, ó la comodidad, llevaban fuera del bullicio para cumplir un destierro ó administrar sus heredamientos.

Un castillo en el cual, como en todos los de la Edad Media, se concentraría la vida de una comarca, se celebrarían justas, se quebrantarían tabladitos, se llevarían á cabo las acciones más heroicas, se cubrirían con el velo del misterio los más horrendos crímenes, y en las páginas de su historia llevaría la vida de sobresaltos é inquietudes de

una pudorosa y bella dama condenada por las costumbres á perpetuo encierro, sufriendo las iras de su adusto padre, noble encopetado que teme manchar sus esclarecidos blasones mezclando su sangre con la del pobre, pero honrado escudero ó trovador, cuyo corazón, tan solícito para abrigar un intenso amor por la dama, fué muy tardío en comprender la enorme distancia que en la sociedad separaba al noble del plebeyo.

En los últimos años del siglo XI, cuando el Concejo de Ávila sostenía empeñada lucha contra un obispo, D. Domingo Blasco, por mutuas quejas, que elevadas al Pontífice Lucio III, fueron falladas por los prelados de Toledo, Santiago, Segovia y Sigüenza, en virtud de un rescripto del Santo Padre; cuando arreciaban más y más las discordias y eran más profundos los rencores entre las familias más notables de la capital, que dieron motivo á que trescientos avileses abandonaran sus hogares y fueran en busca de aventuras por los campos de Andalucía y Extremadura, manteniendo vivo el recuerdo de las rencillas entre *serranos* y *ruanos*, que tuvieron lugar en los primeros días del conde D. Raimundo y á raíz de la restauración de la ciudad, aparece en las crónicas el castillo *Mas que te pese*, sirviendo de trinchera á los expatriados; desde el cual dirigían sus expediciones á las comarcas vecinas, y mantuvieron las hostilidades hasta que los almohades, atraídos por el rumor de las discordias entre la querrellosa nobleza, cogieron desprevenida la atalaya y pasaron á cuchillo la guarnición.

Pocos años después, disipadas aquellas desavenencias populares, el castillo *Mas que te pese* no pudo resistir la pujanza de los bravos avileses, y la cruz del Cristianismo coronó sus almenas, sin que más tarde pudiera ser arrancada por los sectarios del Islam.

Tales son los hechos más culminantes que la historia registra entre los muros de este castillo, apenas mencionado por las crónicas, acerca del cual enmudecen los documentos y cuya construcción se pierde en las nebulosidades que lleva consigo todo período de orígenes. Por esta razón, en torno de su fantástico nombre se ha fabricado una multitud de cuentos romancescos que le han impuesto un marcado carácter de popularidad y poéticas leyendas, que le conceden extraordinaria antigüedad, le hacen testigo de malogrados y firmísimos amores y le confieren blasones propios de los tiempos caballerescos, pero que en realidad no encuentran fundamento históricos que los sostenga.

La tradición más constante y generalizada en el país, y que el viajero puede escuchar de los campesinos de Sotalvo, pueblo poco distante de la fortaleza, es la de que aquel castillo debe su construcción á un opulento caballero de Ávila.

Refieren á este propósito la historia de unos desgraciados amores habidos entre la hija de un magnate y un distinguido y gallardo joven de la ciudad. Parece ser que las relaciones no se limitaban á las múltiples fórmulas de galanteos, tan en boga en aquellos tiempos caballerescos; hacen referencias á secretas citas llevadas á cabo en el jardín de la casa, á la luz de la luna, que parece colocada en el universo para iluminar los secretos que se esconden en el fondo de las almas, dotada de un mágico poder para revelar en el semblante de las criaturas los sentimientos más íntimos y delicados, y constituir un misterioso, pero bellísimo atractivo del corazón enamorado.

Dicho se está que la pasión encendida en el pecho de la joven, como todas las grandes necesidades del espíritu, no pudo permanecer por mucho tiempo oculta á los ojos del astuto y severo padre; y sin que la leyenda nos haya transmitido las causas que tuvo para oponerse á estos amores, afirma que su influencia pudo recabar del Monarca una carta ejecutoria, en virtud de la cual el amante de su hija había de salir de la ciudad, creyendo así extinguir el fuego que consumía dos corazones apasionados. El enamorado galán, dispuesto á cumplir el real mandato, juró al poderoso magnate que ni aun la muerte borraría en él el recuerdo de

su hija, y le apostrofó diciendo: *Aunque os pese, he de ver á Avila*; y en efecto, levantó en el indicado sitio el castillo, desde el cual es fama que veía á su amada, que á su vez contemplaba la solitaria mansión de su amante desde un balcón de su palacio, una de las casas fuertes adosadas al lienzo meridional de la muralla.

Pasaron algunos años sin que la ausencia ni el tiempo hiciera mella en sus atribulados pero constantes corazones. Bajo la acción de un mismo sentimiento y un mismo dolor, vieron demacrados sus cuerpos, y cuando éstos no fueron bastante á contener á aquellos espíritus purificados por el amor, en un mismo día volaron al cielo para celebrar sus bodas y presidir desde allí, eternamente unidos, los amores de los hijos de su país, que mantienen viva la memoria de los malogrados amantes con el nombre del castillo *Mas que te pese*.

VALENTÍN PICATOSTE.

Lo piangeva ai suoi piedi...

(DE L. STECCHETTI)

Piedad, llorando ansioso, le pedía
A sus plantas postrado;
Y, anudándose un lazo, me decía:
—Me está que ni pintado.

En pos de otra mujer, cual ella hermosa,
En la calle me vió.
Tendió los brazos, me llamó amorosa,
Y de celos... me amó.

CAYETANO DE ALVEAR.

El gobierno de los generales.

Este *generalato* no connota funciones puramente militares. Se considera aquí sólo como un arsenal de hombres selectos, para todos los primeros mandos. Se trata, pues, de ajustarse en la organización de la sociedad á las leyes psicológicas, y de confiar el poder á los más inteligentes, á los más capaces de abrazar en una generalización suprema todos los fenómenos del universo. Se trata, en fin, de hacer de la generalidad una especialidad.

Así como en la conciencia, á una mayor capacidad científica corresponde una mayor aptitud de régimen, así en la sociedad los hombres *especialmente generales* ofrecen más garantía de un buen gobierno, ó lo que es lo mismo, un gobierno *limitado*; arriba, por las leyes naturales, definitivamente comprobadas; y *abajo*, por los hechos, ó sea el pueblo. Y como, si es justo que la teoría gobierne, no es menos justo que lo haga con subordinación á la práctica, de ahí que *nuestros generales* gobernarían con el mayor acierto posible, pues en todo aquello que no pudieran resolver por *deducción de las verdades mejor establecidas*, deberían consultar á las personas ó agrupaciones, más directamente interesadas. Por otra parte, el pueblo continuaría teniendo su representación en la forma que se juzgase más eficaz; y este gran tribunal de Generales por antonomasia, equivaldría á esa prerrogativa que, ya bajo el nombre de *rey*, ya bajo el de *presidente*, termina sin apelación todos los diferentes procesos de la discordia humana.

Los problemas más arduos de la vida social serían así resueltos con el *máximo* de justicia posible, dada la limitación ó relatividad de nuestra inteligencia; pero de ningún otro modo se logrará mejor gobierno.

El sabio no puede menos de ejercer el poder en provecho de todos, porque en los raros casos en que la flaqueza humana le inclina al mal, no hace más que el *indispensablemente preciso* á la satisfacción de un pasajero antojo. El hombre ignorante, el inconsciente, es mucho más temible *hasta en sus mejores deseos*.

Una gran inteligencia supone, en fin, el conocimiento más exacto posible de la moral positiva; y á este conocimiento rara vez deja de ir asociado un hombre superior. Pero no hay que confundir los sabios verdaderos con esa multitud de peroradores, eruditos, curiales...

Y para evitar que estos hombres, verdadera polla del progreso, lleguen á los primeros mandos, todos los que aspiraran á *generales*, deberían pasar por las siete Academias siguientes:

De *Lógica*, de *Matemática*, de *Mecánica*, de *Física*, de *Química*, de *Morfología* (anatomía celular, botánica, zoológica y humana), y de *Praxeología* (fisiología y psicología celular, botánica, zoológica y humana).

Para ingresar en estas Academias sería preciso haber publicado obras en que se demostrase al menos *comprender bien* los más arduos problemas de cada una de las ciencias citadas.

A. ORDAX.

Una evocación.

I

Eran las diez de la mañana del 4 de Enero de 186...

Acababan de entrar en uno de los hospitales de Lisboa, cercano al puerto, dos enfermos.

El más viejo era un hombre como de setenta años, robusto á pesar de su edad y del padecimiento que llevaba, el cual consistía en las contusiones y mojadura recibidas al naufragar, regresando de América, cerca de Lisboa.

El otro era un joven de veintidós á veinticuatro años, de atractiva figura, prestidigitador callejero, quien al hacer el juego de las estopas inflamadas, sin las precauciones convenientes, se había abrasado la boca de un modo horroroso.

Del viejo se averiguó luego que era un capitalista riquísimo, vuelto á Portugal después de prolongada ausencia, en compañía de una hija única y hermosísima por todo extremo.

Como medida previsora, los médicos le aconsejaron que permaneciera en el hospital para que la dolencia no se agravase, manifestándole además, por si acaso le asaltaban escrúpulos, que sería asistido tan perfectamente como en su casa: en cuanto al otro, no se necesitó hacerle ninguna advertencia, pues su infelizísima condición social le ponía en el caso de confiarse enteramente á la caridad pública.

Los dolores que experimentaba el joven eran acerbos, y sus alaridos tan penetrantes, que, á pesar de las precauciones más minuciosas, se oían hasta en la alcoba del otro enfermo.

Preguntó éste á uno de los que asistían acerca de aquello, y le refirieron lo acontecido.

—¡Desgraciado! exclamó. Que se le cuide bien. De mi cuenta corre satisfacer los gastos que cause. Y eso que por la profesión á que se dedicaba, creo que no debe de ser hombre muy arreglado.

—Está usted en un error. Pertenece á una gran familia; pero siendo muy niño, cierto sujeto en quien tenían puesta toda la confianza, les robó por completo, dejándoles en la mayor miseria. El joven no ha podido seguir ninguna carrera, y por un conjunto de circunstancias largas de explicar, se ha visto obligado á dedicarse á prestidigitador. Vive penosamente, pero sin que se le pueda tildar de nada indigno. Lo malo es que lo que le ha sobrevenido no tiene cura.

—¿Cuál es su nombre?

—José Pereira Mello Fonseca...

—José... Pereira... Mello... repitió con entrecortada y cavernosa voz el enfermo.

—¿Qué le sucede á usted? preguntó el asistente asustado.

Y el caso, á la verdad, era para asustarse. El enfermo se había puesto lívido repentinamente: su fisonomía estaba descompuesta.

—Que venga mi hija, dijo con ronca voz; que venga pronto, pronto.

Cuando los servidores del establecimiento volvieron con la hija, se encontraron sin el enfermo: éste, á pesar de las recomendaciones de la persona que le cuidaba, y en lucha con una violenta agitación, se había levantado del lecho é ido adonde estaba el joven.

—Hija mía, dijo, así que la tuvo delante; la casualidad más funesta ha querido que nos juntáramos bajo el mismo techo que ahora nos cobija, con la persona en cuya busca hemos emprendido este fatal viaje. ¡Y cómo lo encontramos! De suerte que destruye los mejores planes que yo he concebido. Contempla ese infeliz joven á punto de acabar con la fuerza de su existencia, de acabar como el más desgraciado, como si mereciera por sus antecedentes un fin tan miserable. Este joven es el que te reservaba yo para esposo. Al verte tan hermosa y tan buena, al considerar las inmensas riquezas que podías llevarle, me alegraba profundamente; y no porque me lo inspirara un estúpido orgullo, sino porque me parecía que eran condiciones suficientes para compensar en mucha parte los inmensos males que he producido. Sábelo, hija mía. Ha llegado el momento de confesarte la verdad. Un impulso que experimento hace muchos días, al que no puedo menos de ceder, porque lo necesito para mi tranquilidad, para mi descanso, me obliga á declararte que la principal causa del infortunio de ese joven soy yo. Él estaba llamado á ser inmensamente rico, á ser feliz, en cuanto puede serlo el hombre, y yo lo he impedido é indirectamente lo he lanzado al abismo en que está.

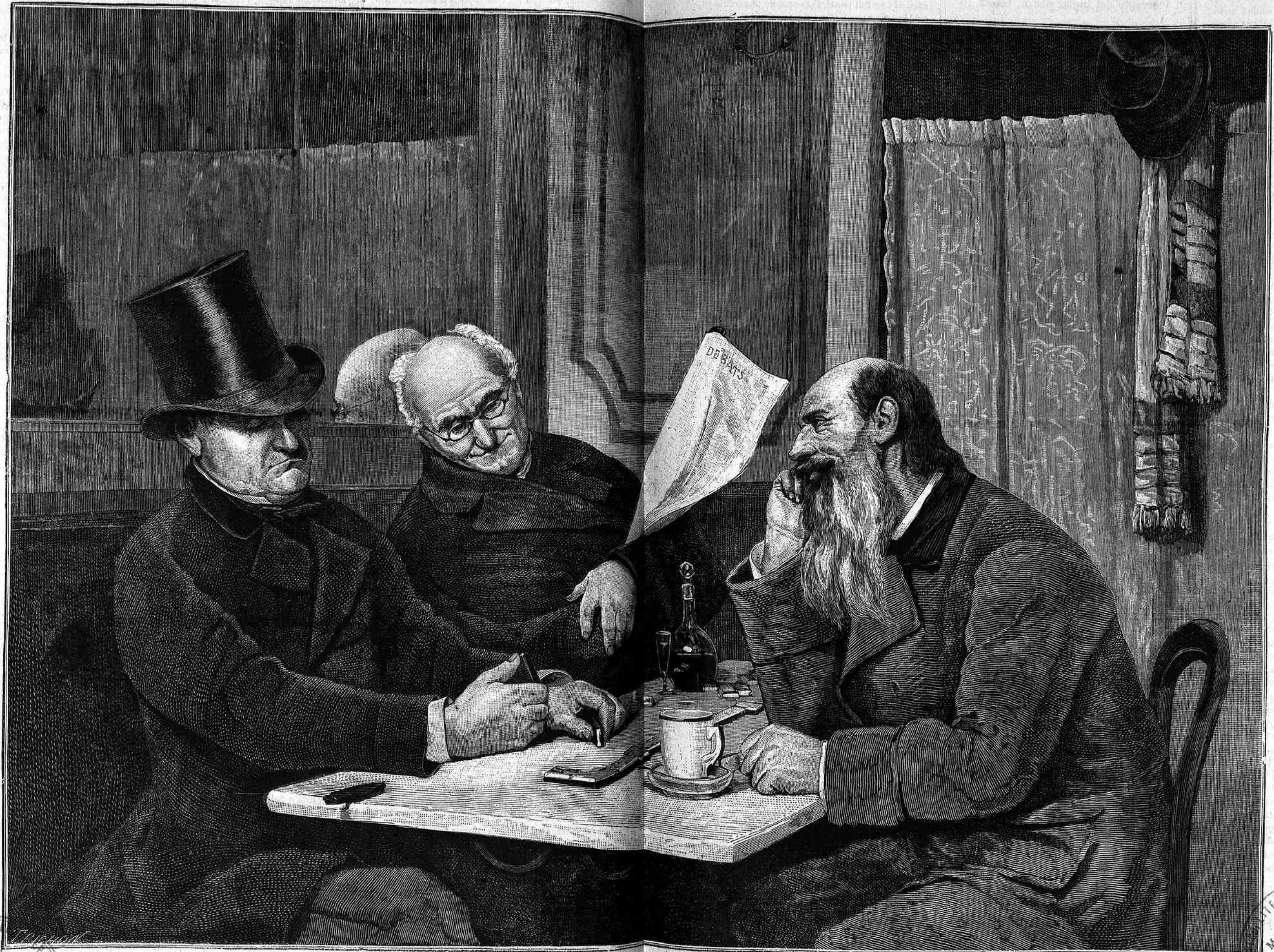
Yo era ambicioso y pobre. Yo, como esas flores que convierten en ponzoñosa savia los jugos con que les da vida la madre tierra, del mundo que me rodeaba no extraje más que un devorador pensamiento; el de hacer dinero, el de elevarme para dominar á toda costa. Las ideas de fraternidad humana, los principios morales, no los consideraba yo si no como meros recursos para sujetar las muchedumbres, de las cuales prescindían las inteligencias que se tienen como superiores. En mi opinión, era falta de espíritu, debilidad de naturaleza y de entendimiento someterse á esas trabas. Y luego, si una pequeña señal de esos principios hubiera podido conservarse en mi corazón, yo, hombre enérgico, hombre que, lejos de abatirme ante las contrariedades de la vida, sentía crecer la voluntad al paso de ellas, irritado por los obstáculos, herido en mi amor propio, experimentaba la necesidad de arrollarlo todo, de devolver á mis adversarios golpe por golpe; y en esta lucha por la vida, mi inteligencia se ofuscaba para todo lo que no fuera conseguir el triunfo, sin reparar en víctimas ni en medios, como si hubiera de asegurarme así una vida inmortal, como si para sólo aquello existiera en el mundo.

Despojé de todo á esa familia. Subí al pináculo de la fortuna: entonces fué cuando las energías de mi voluntad se relajaron, cuando dejaron de atormentarme los estímulos de la ambición, y cuando pude, recordando las pocas cosas buenas que al remover el fango del mundo había aprendido, explicarme la humanidad y advertir cómo del naufragio de las creencias tradicionales, armonizándolas y explicándolas científicamente, se levanta una idea de porvenir inmenso, en oposición absoluta con las componendas del mundo y los especiosos sofismas de las pasiones desordenadas; idea que es la condenación de todo mi pasado, ante la que doblo la cabeza, porque hay en mí algo de incontrastable fuerza que á ello me obliga: la verdad.

Si una hija de tan soberana belleza como la tuya, de tan inocente juventud, puede servir á su padre de redentora, sólo para el tuyo; yo me entrego á tus inspiraciones.

II

Desde aquel momento se dedicó la joven con el mayor cariño á cuidar del enfermo; pero todo fué inútil, porque sin embargo de tantas atenciones y de cuanto hicieron los médicos, el pobre prestidigitador...



COSTUMBRES MODERNAS - Una partida de dominó.

tador falleció, dejando sumidos en el más profundo desconsuelo al capitalista y su hija.

Al poco tiempo, el padre, á pesar de su robusta naturaleza, cayó en cama víctima de una mortal languidez. Ni las reflexiones de su hija, que amorosamente le atendía, ni la consideración de que iba á dejarla sola en el mundo, podían arrancarle á la pasión de ánimo que en él se cebaba. Su único, aunque ligero lenitivo, consistía en ocuparse muchos ratos del joven.

—Te hubiera querido; no me cabe ninguna duda. Aparecer tú y cesar sus dolores, era una misma cosa. Se notaba en aquellos ojos que la contemplación de tu persona y el aprecio de tus cuidados podían más que los padecimientos. Le halagaba verte. Habría hecho una feliz pareja: el encanto de mi vejez.

La hechicera niña asentía, y sin acertar á reprimirse, sollozaba al oír aquello. También para ella había sido infinitamente más poderoso en el ánimo del joven, el amor á la hija que el odio al padre.

Tanto era su persuasión esta, que mientras el enfermo, rendido á la debilidad, dormía en intranquilo y febril sueño, ella, dejando que la imaginación se remontase libre hacia regiones más risueñas y plácidas, esforzándose con inocente complacencia en figurarse, en adivinar qué expresión habían tomado los pensamientos del joven con respecto á ella, ya que de la intensidad del cariño de él no abrigaba ninguna duda; las palabras, las frases con que él había dado forma, aunque mentalmente, á las ideas que la presencia y las demostraciones de ella le inspiraran.

Una vez, en su profundo arrobamiento, figurósele que, impelida por misteriosa fuerza, iba recorriendo un jardín poblado de árboles majestuosos y de preciosas flores, pero de aspecto tan sombrío, no obstante aquella magnífica vegetación, que más se asemejaba á un cementerio que á un vergel.

Paseando por las alamedas, vió la joven aparecersele inopinadamente, de uno de los bosquecillos que las bordeaban, la figura del joven, pero no repulsiva, como acaso pudiera estarlo en su sepulcro, descompuesta por el aliento de la muerte, si no con expresivo y amable rostro, cual si lo animasen aún los ensueños del amor que habían endulzado el último período de la vida del joven.

—Querías saber, hechicera niña, dijo con cariñosa voz, cuáles eran mis pensamientos respecto de ti mientras he vivido en el mundo donde estás aún; y lo has deseado con tan poderosa eficacia, con tanto amor y con fe tan ardiente, que la naturaleza te ha puesto en relaciones con este mundo mío, recorriendo en obsequio tuyo una punta del velo bajo el que avaramente encubre sus secretos.

Yo he muerto poseído completamente por tu imagen y encantado por tus melodiosas palabras. En semejante disposición de ánimo, me arrebató la muerte; mas al arrebatarme no destruyó todo mi organismo de un golpe, y en él permanecieron, como petrificados, los pensamientos que tan feliz me hicieron en mis últimos días. Hasta que se deshaga y se disuelva el postrer residuo de lo que formó mi personalidad en ese mundo, y queden elementos de mí para crear la idea más rudimentaria, á ti ha de estar consagrada. Por dichoso me tengo, puesto que al sumergirme en este ensueño de duración indefinida que llaman muerte, espiré cuando me acariciaban hermosas ilusiones: con ellas he venido al sepulcro.

Debo dejarte ya: despierta, porque vas á experimentar una prueba amarguísima.»

Volvió despavorida de su arrobamiento la joven, y miró á su padre: estaba muerto.

LUIS BARTHE.

LOS EGOÍSTAS

Arreglo del inglés por A. Ordax.

(Continuación.)

X

En el barrio más laborioso de Cok y más ennegrecido por el humo de cien chimeneas, casi apagadas por falta de aire; entre la muchedumbre que se distinguía con el nombre genérico de «los Brazos», gentes que los patrones mirarian con más agrado si la naturaleza les hubiera provisto de un estómago como el de los moluscos, habitaba un tal Pol, que parecía tener algo más que estómago y brazos.

Era de noche, y los *Brazos*, hombres, mujeres y niños, regresaban á su casa animando por un momento aquellas estrechas y solitarias calles. Pol, parado en una esquina, parecía aguardar con ansiedad el paso de alguna persona. Llovía, y algunos grupos de mujeres cubrían con los pañuelos su cabeza. Una mirada bastó á Pol para persuadirse de que no era ninguna de ellas la que buscaba, y exclamó con el mayor desaliento: «¡Tampoco hoy!»

Echó á andar precipitadamente, y apenas recorrió dos calles, descubrió la figura esbelta de una mujer, envuelta en un manto negro. Pol corrió, y deteniéndose poco antes de llegar á ella, dijo: «¡Raquel!»

Se volvió entonces hacia Pol un rostro ovalado, de tez moreno-clara... ojos negros; pero no tenía este rostro el brillo de la primera juventud; era el de una mujer de treinta años.

—¡Ah! ¿Eres tú, Pol?

—Te aguardaba allí bajo; pero hoy has salido antes que yo.

—Unos días salgo más pronto que otros. No es posible encontrarnos todos los días.

Pol la miró con cierta expresión de contrariedad, al mismo tiempo que con una respetuosa y resignada convicción de que ella decía siempre bien, dijera lo que quisiera. Raquel se apoyó sobre el brazo de su compañero como para consolarle.

—Somos tan buenos amigos y comenzamos á ser tan viejos, que...

—Tú... no.

—Que sería tan mala como inútil acción, añadió Raquel contestando con una dulce sonrisa á la interrupción de su amigo, ocultarnos la verdad. Creo, en fin, que no debemos pasear más juntos.

—¡Esto es muy cruel! murmuró Pol.

—Trata de no pensar en ello.

—Hace tiempo que lo intento, pero inútilmente. En fin, haré lo que quieras. Me has levantado y sostenido tantas veces en estos combates diarios de la vida, que tu voluntad es mi ley, una dulce y buena ley, mucho mejor que todas las demás.

—Deja en paz las leyes, respondió ella vivamente.

—Sí, sí, dijo él meneando la cabeza; dejémoslas en paz. Al fin, todo eso no es más que un *barullo*.

—¡Siempre esa palabra! dijo Raquel oprimiéndole suavemente el brazo, como para sacarle de aquel ensimismamiento, durante el cual mordía las puntas de su corbata.

Este contacto produjo un efecto mágico en Pol. Volvió hacia ella su rostro más animado, y replicó:

—Sí, Raquel, un *barullo*.

Detuviéronse en la esquina; Raquel se despidió de Pol con un cariñoso apretón de manos; y éste se quedó largo rato extasiado, mirándola marchar tranquila y modesta, hasta que hubo desaparecido en una humilde casa próxima.

XI

Pol tenía la frente llena de arrugas, una gran cabeza de claros cabellos grises, aire soñador y cuarenta años.

Había cesado la lluvia; la luna brillaba en toda su luz pálida, y como el cielo, el rostro del obrero parecía despejarse á medida que se acercaba á su casa. Al llegar al portal, Pol encendió una cerilla y subió por una escalera negra y angosta á un cuarto decorosamente amueblado.

Encendió Pol una vela, y al entrar en la alcoba, sus pies tropezaron con un bulto; bajó la luz, y el bulto tomó la forma de una mujer sentada en el suelo. Pero ¡qué mujer!... Una criatura ébria que apenas podía sostenerse, apoyándose con una mano, mientras procuraba con la otra separar los sucios y enmarañados cabellos que tenía sobre los ojos.

—¿Qué es esto? exclamó Pol retrocediendo algunos pasos. ¿Tú otra vez aquí?

—Otra vez, sí. ¿Por qué no?... replicó aquella desgraciada con una voz aguardentosa y los gestos más cínicos: ¿no soy tu mujer?

Pero Pol ya había abandonado la habitación, y bajaba á saltos la escalera.

XII

A la mañana siguiente, todas las fábricas de Cok anunciaron la vuelta del trabajo con estrepitoso campanileo. Cien serpientes de humo empañaron la atmósfera, y las máquinas, especie de elefantes melancólicos, renovaron sus monótonos ejercicios.

Pol apareció junto á su telar, impasible, y formando, como todos los demás obreros, un extraño contraste con la ruidosa y violenta mecánica en que trabajaban. Porque se sabe con bastante exactitud lo que produce la máquina; pero no lo que en un segundo puede producir para el amor ó para el odio, para el patriotismo ó la rebelión, el alma de uno solo de esos inmóviles obreros. Es que no hay el menor misterio en la máquina, y le hay en cambio impenetrable en el más abyecto de los hombres. Y en presencia de este misterio, ¿no haríamos mejor en reservar nuestra aritmética para los objetos materiales, é investigar otros medios para gobernar esas terribles cantidades desconocidas del corazón humano?

En cuanto concluyó el trabajo, Pol se dirigió á una casa encarnada, con balcones negros y puerta negra, sobre la que, como vivo contraste, veíanse dos espacios para dejar leer el nombre *Bun*, trazado con letras que se le parecían mucho por lo hinchadas y pomposas.

Pol manifestó al criado que un obrero de su fábrica deseaba hablar con el señor. En contestación á este mensaje, llegó otro requiriendo el nombre del obrero: «Pol.» No existía ningún motivo de queja contra este operario; podía pasar.

Pol fué conducido al comedor. Bun abrió el apetito con una chuleta. La Ger hacía labor junto á la chimenea.

Pol saludó con humildad, pero sin servilismo.

—¿Qué hay? dijo Bun echando un trago de Jerez, porque usted no es de esos que quieren comer perdices con cubierto de oro. (Bun pretendía que este era el único fin del obrero que no se reconocía feliz como un príncipe.) Estoy, por consiguiente, segurísimo de que usted no viene á quejarse...

—Efectivamente.

Bun pareció agradablemente sorprendido, á pesar de la firme convicción que acababa de expresar.

—Muy bien; es usted un buen obrero; con que veamos, ¿de qué se trata?

—¡Señor! Hace ya diez años me casé con una joven de buena conducta. Pero al poco tiempo cambió.

—He oído ya hablar de eso, dijo Bun; parece que se entregó á la bebida, vendió los muebles, se convirtió, en fin, en un verdadero demonio.

—Yo lo he sufrido todo con la mayor paciencia.

—Lo que prueba que es usted un tonto, dijo Bun confidencialmente á su vaso.

—La
afios la
viviend
nos de
anoche
como d
La fia
amargu
quierda
lo que
rados p
—¿En
de los a
—No
la llevo
—En
calma á
desgrac
siderab
Bun,
hierno.
bió un t
—Y,
tó ya co
—Qu
La G
—¿C
nea, act
vida us
nos de
mal?
—Sin
podido
á la pie
ya vuel
—¿De
tat par
como as
pueblo.
—Sí,
que se u
tumbran
separan
dependi
estrecha
rarnos e
fin, casa
—No
—Per
habría u
—Seg
—¿Y
—Íde
—Y si
bién una
inocente
—Sin
—Ent
mi auxi
—¡Hu
sociales
conserv
—No,
más bien
pobre te
desde qu
observo
el matri
menes s
tantos m
—Y b
en los b
porque
—¿No
—Nin
—Ent
do un br
cuatro vi
esto es a
La Ge
dijo:
—Resp
jo; lo den
—Esto

—La he señalado una pensión. Durante cinco años la he sostenido así. En este tiempo, aunque viviendo pobre y tristemente, no temblaba al menos de vergüenza en cada minuto de mi vida; pero anoche la hallé en mi habitación embriagada, como de costumbre: ¡allí está todavía!

La fisonomía de Pol reflejaba cada vez mayor amargura, y mientras con su crispada mano izquierda oprimía el sombrero, con la otra apoyaba lo que decía con ademanes enérgicos, pero moderados por un sentimiento de distinción natural.

—¿Era una unión desigual bajo el punto de vista de los años? preguntó la Ger.

—No puede ofrecer siquiera esa excusa. Sólo dos la llevo.

—En verdad, observó la Ger mirando con gran calma á Brun, que no me hubiera explicado tan desgraciada boda sino por una desproporción considerable de edad.

Bun, confundido, miró de reojo á su ama de gobierno. En seguida, y como para tomar valor, bebió un tercer sorbo de Jerez.

—Y, en fin, ¿qué es lo que usted quiere? preguntó ya con cierta irritación á Pol.

—Que me indique usted un medio de divorcio. La Ger dejó escapar una exclamación ahogada.

—¿Cómo? dijo Bun apoyándose sobre la chimenea, actitud y tribuna que le eran predilectas. ¿Olvida usted que ha tomado mujer, según los términos de la Escritura, para el bien como para el mal?

—Sin embargo, ¡no puedo soportarla más! Si he podido vivir tanto tiempo de esta manera, lo debo á la piedad de otra mujer, sin la que me hubiera ya vuelto loco.

—¿De modo que él quisiera quedar en libertad para casarse de nuevo? dijo la Ger á Bun, como asombrada de la profunda inmoralidad del pueblo.

—Sí, dijo Pol; las personas de ciotorango, aunque se unen para el bien como para el mal, acostumbra á desunirse y contraer nuevos enlaces. Se separan también instalándose en habitaciones independientes. Pero los obreros tenemos sólo una estrecha habitación, y nos falta capital para separarnos en otra forma más ventajosa. Desearía, en fin, casarme nuevamente, y quiero saber el medio.

—No le hay, interrumpió Bun.

—Pero si yo maltratase á mi mujer, señor, ¿no habría una ley para castigarme?

—Seguramente.

—¿Y si me casase con otra?...

—Ídem.

—Y si tuviera hijos de la que amo, ¿habría también una ley que me castigaría en cada uno de esos inocentes seres?

—Sin duda... Sin duda...

—Entonces, dijo Pol, ¿qué ley puede venir en mi auxilio?

—¡Hum! contestó Bun; hay en estas relaciones sociales tal carácter de santidad... que es preciso conservarlo á toda costa.

—No, no, señor; no se le conserva de ese modo; más bien se le destruye. Yo no soy más que un pobre tejedor que vengo trabajando en su fábrica desde que era tan alto como esa banqueta; pero observo que la supuesta imposibilidad de romper el matrimonio provoca en las familias pobres crímenes sin cuento. ¿No existe una ley para evitar tantos males?

—Y bien, sí, exclamó Bun metiéndose las manos en los bolsillos; esa ley existe, pero no para usted, porque cuesta mucho dinero y tiempo.

—¿No hay otra ley?

—Ninguna más.

—Entonces, dijo Pol pálido de emoción y girando un brazo como para permitirse dispersar á los cuatro vientos todas las leyes posibles; entonces esto es un barullo.

La Ger se quedó nuevamente estupefacta. Bun dijo:

—Respete usted las leyes y ocúpese de su trabajo; lo demás no es de su competencia.

—Esto es un barullo, un completo barullo, repi-

tió Pol como abstraído en sus reflexiones y dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Espere usted!... replicó Bun á manera de despedida; lo que yo llamaré sus opiniones sacrílegas, ha impresionado profundamente á esta señora, y esta señora ha ocupado un altísimo rango social. El lenguaje de usted no ha podido menos de ofenderla; pero por esta vez le dispense. A otra cosa. Ciertos obreros aspiran á comer perdices con cubierto de oro. Tengo mucho olfato, y me parece que está usted en camino de llegar á esa conclusión. (Aquí las facciones de Bun expresaron una sagacidad maravillosa.) Pero aun es tiempo de enmendarse y le aconsejo que siga siendo el mismo buen trabajador de siempre.

XIII

Pol bajó las escaleras tambaleándose, y cruzaba la calle en el más profundo desaliento, cuando sintió una mano que le tocó suavemente sobre el hombro.

No era esta la mano que le hubiera sido más necesaria en semejantes momentos; pero era al menos una mano de mujer. Se volvió, y se halló ante una vieja cuyo traje denunciaba á una aldeana en día festivo.

—¿Es usted el que acaba de salir de esta casa?

—Sí, señora.

—Entonces... ¿Ha visto usted al señor?

—Sí, señora.

—¿Y cómo está? ¿Sigue siempre tan robusto, tan franco y decidido? exclamó la vieja con movimientos desordenados, que expresaban el más vivo interés.

—Sí, contestó Pol mirándola más fijamente; tiene el aspecto de todo eso.

—¡Gracias, gracias! dijo la vieja echando á andar en compañía del obrero.

—¿Es usted forastera? preguntó Pol.

—Sí, señor. Soy de un pueblo que está á sesenta kilómetros de aquí. No hago este viaje más que una vez al año; pero disfruto mucho viendo esta ciudad y al señor.

—¿De modo que viene usted nada más que por verle?

—Y esto me basta, replicó la vieja con gran animación. En cuanto llego, me coloco en una esquina de la calle, y paseo alrededor de la casa hasta que le veo salir. Ninguna vez he dejado de verle hasta hoy, que ha salido usted en lugar suyo. Y lo peor es que necesito volver esta misma noche al pueblo.

Pol empezó á sentir tanta curiosidad como sorpresa; pero oyó un reloj, y redobló instintivamente el paso.

—¿Va usted á trabajar? observó la vieja procurando seguir á Pol.

—Sí; no tengo más tiempo que el indispensable para llegar á punto.

—¿Dónde trabaja usted?

—En la fábrica Bun.

—Entonces estará usted muy bien.

—¡Psch!... contestó Pol eludiendo así una respuesta franca á la extraña observación de la vieja, que parecía perfectamente convencida de que todos los operarios de Bun debían ser felices.

—¿Y cuánto tiempo hace que trabaja usted ahí?

—Desde doce años.

—Es preciso, pues, que yo bese una mano que ha trabajado tanto tiempo en tan hermosa fábrica, exclamó la vieja.

Y sin que Pol pudiera impedirlo, se la llevó á sus labios. Hizo esto con un aire á la vez tan sencillo, tan natural y tan tierno, que Pol no pudo olvidar por algún tiempo esta singular mujer, hasta que sus propias penas lo sumergieron, mientras trabajaba, en las más amargas reflexiones.

Se oyó el campanilleo que anunciaba con igual monotonía la vuelta y la interrupción del trabajo;

la mecánica suspendió su marcha, palpitó débilmente y se detuvo como un pulso enermo. Pol salió de la fábrica y aguardó, como de costumbre, á Raquel. Hacía muchos años que ella le mostraba una cariñosa compasión; él la había confiado todos sus pesares, y sabía que si hubiera podido ofrecerle su mano, Raquel no habría rehusado. Pero á este recuerdo consolador siguió el de su desgraciado matrimonio, y paseó con desesperación bajo una lluvia glacial.

(Continuará.)

El escéptico

SONETO

Nave sin timonel, fiera sañuda;
Faro sin luz en olvidado puerto,
Estéril planta del erial desierto,
Sin fe ni corazón, estatua muda.
En vano tu razón, batalla ruda,
Tenaz provoca en tu cerebro yerto;
No existe en él la luz, débil ha muerto,
En el abismo de tu eterna duda.
En vano pedirás ciego, anhelante,
Un lúcido destello á tu conciencia,
Con que mostrar soberbio y arrogante,
Que ciencia de verdad es tu demencia:
Desesperado afán; pues incesante,
Te calcina el error la inteligencia.

M. BELLIDO.

ESPECTÁCULOS

Decíamos que los *fanatismos* serían tres, contando con el del público; y así ha sucedido con el último estreno de Echegaray: el drama es hermoso y presenta algunas novedades en su estructura, tales como la abundancia de nota cómica en el primer acto, y la de ternura en el segundo: el tercero es lo que se puede llamar *Echegaray puro*.

La situación final del segundo acto es de un maestro, y la acción está llevada de tal modo, que el autor dispone siempre del efecto.

Algunos hablan de *terquedades* (como si el fanatismo no fuera una terquedad) y del desenlace, en el que encuentran falta de lógica, con la misma razón con que se quejarían del exceso, si Echegaray hubiera acertado á darles gusto.

Resumen: *Dos fanatismos* es el último éxito, hasta ahora, de Echegaray; y con decir el último, está dicho todo.

Después de éste viene el éxito de Chapí en el teatro Eslava con el sainete lírico escrito por don Adolfo Llanos, con gran acierto y con muchísima gracia.

El público hizo salir al proscenio al maestro Chapí varias veces, antes de terminar la obra, y muchísimas en compañía del Sr. Llanos y de los artistas al acabar la representación.

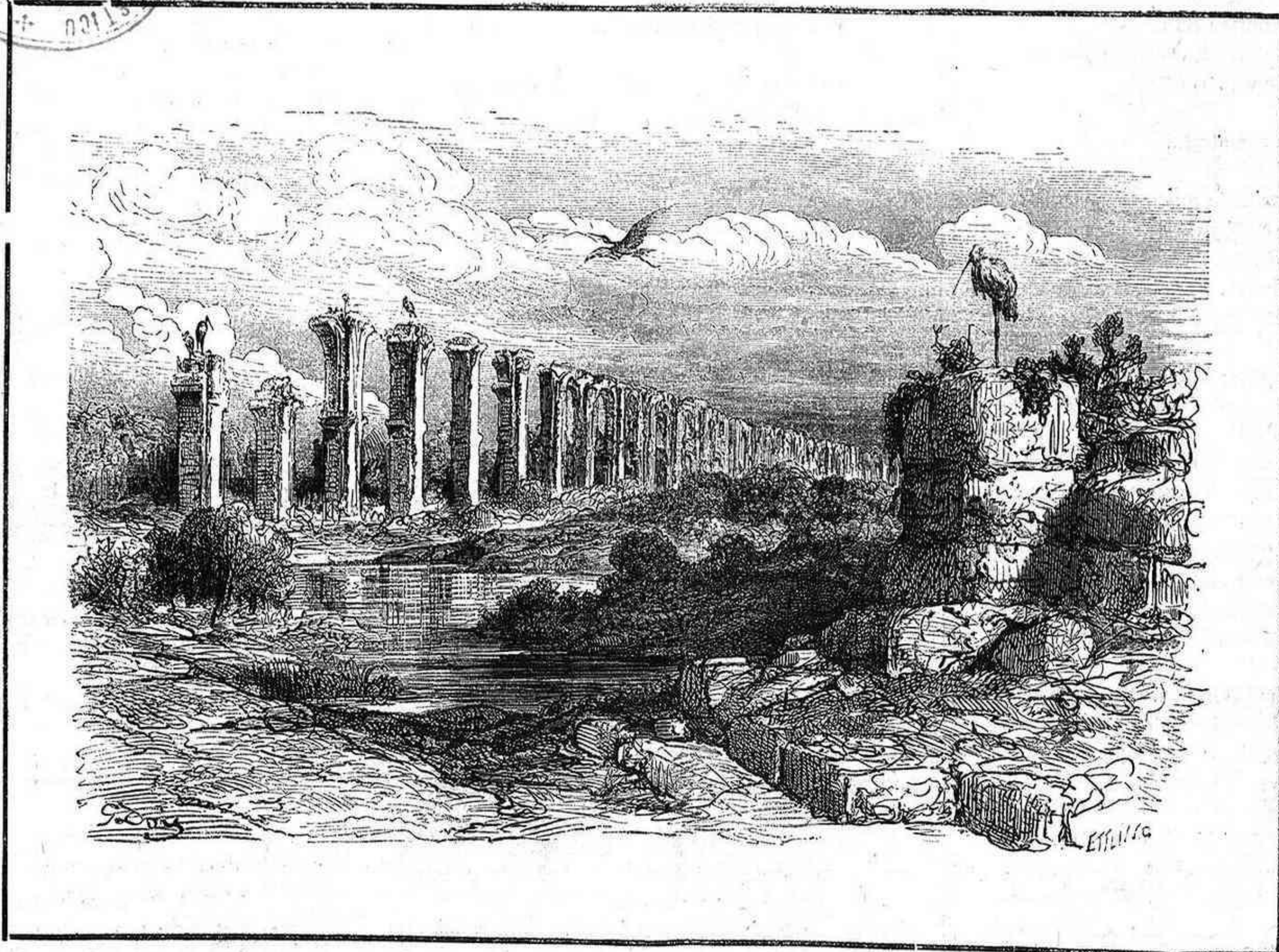
Fué una ovación verdadera, calurosa y merecida. Que sea muy enhorabuena.

En el teatro Lara ha estrenado Ricardo Blasco un juguete titulado *Los sinapismos*, con éxito envidiable y merecido.

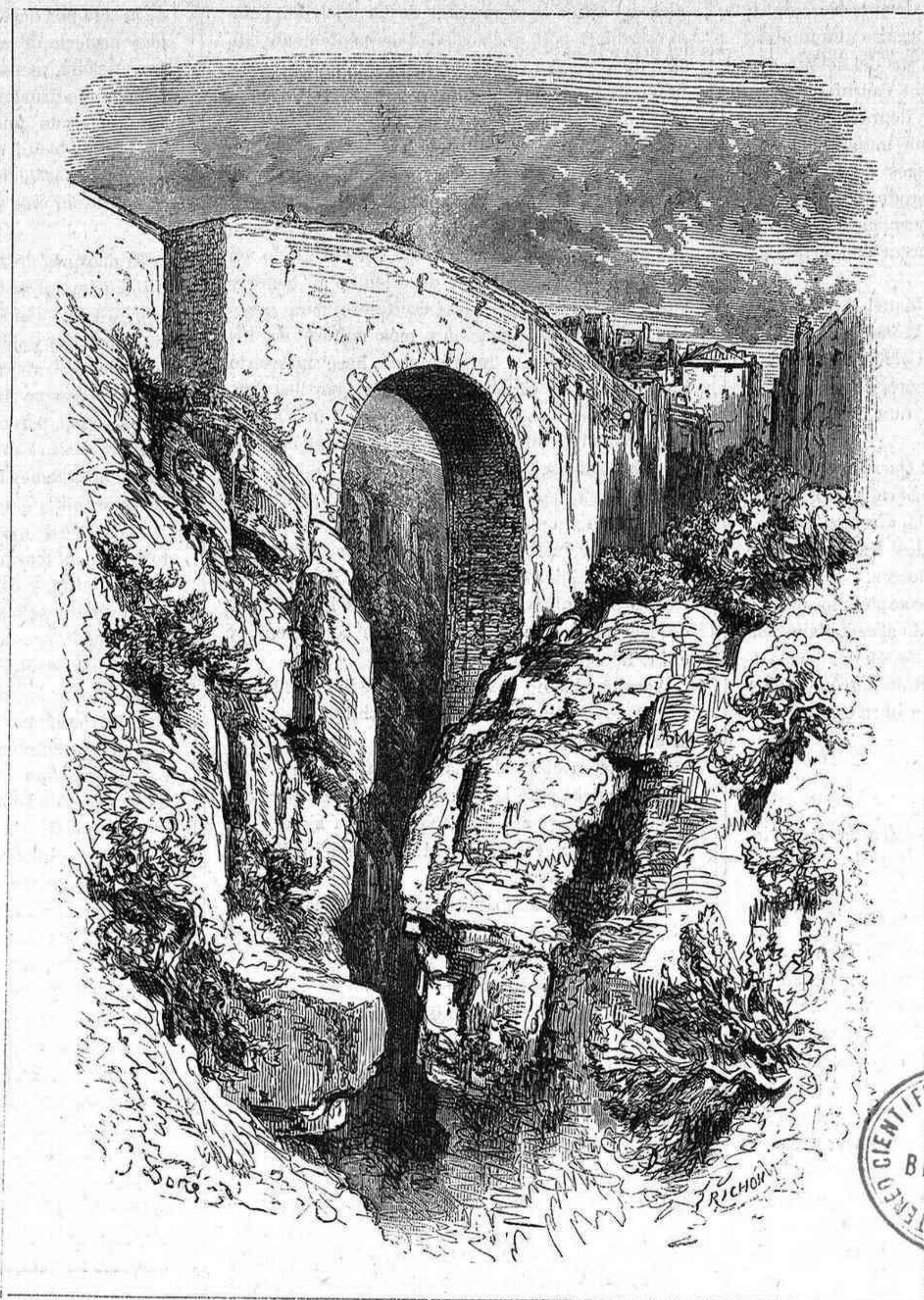
Dar carta de naturaleza en España á un asunto francés, y que la *carta* resulte bien escrita, no es empresa fácil; pero Ricardo Blasco lo ha realizado con toda la habilidad y toda la *vis cómica* que sus antecesores de familia le imponen.



D. ANTONIO MARÍA DE FONTES PEREIRA DE MELLO, † EN LISBOA EL 22 DEL ACTUAL



VESTIGIOS DE LA CIVILIZACIÓN ROMANA EN ESPAÑA.—RESTOS DEL ACUEDUCTO DE MÉRIDA



VESTIGIOS DE LA CIVILIZACIÓN ROMANA EN ESPAÑA.—EL PUENTE ROMANO EN RONDA

La Sra. Valverde representa su papel con la perfección de siempre, y la obra cuenta por llenos las representaciones.

Juanita la cacharrera, original de D. Constantino Gil y estrenado en el teatro de la Comedia, ha sido muy aplaudido y ha hecho ganar también muchos aplausos á los artistas que toman parte en su desempeño.

Los demás teatros, sin novedad.

En el Real ya empieza el público á comprender que la *Regina di Saba* es un plato flojo.

Pero á los inmortales de la tierra les parece bien, y á la empresa y al ministerio de Hacienda les parece mejor.

Y viva el arte nacional, y vamos viviendo.

CANTACLARO

BIBLIOGRAFÍA

«La flauta» su historia, su estudio, por don Joaquín Valverde.

Que el popular maestro compositor, autor de este libro, era un excelente músico, ya lo acreditaban sus triunfos teatrales, algunos tan recientes como envidiables.

Que era al mismo tiempo un escritor correcto y castizo, y capaz de convertir en libro de amena é

interesante lectura los trabajos con que en balde demostró su superioridad en unas desdichadas oposiciones, lo prueba el volumen que tenemos á la vista, y que será leído con gusto por peritos y profanos.

La historia de las oposiciones verificadas en el Conservatorio para proveer la cátedra de flauta, es una *historia de España*.

Las oposiciones se llevaron á cabo á la *antigua española*, por más que en realidad sobra el *antigua*.

Hubo pues, entre los opositores sus Benjamines, entre los jurados alguno que nadie conocía como músico, pero que debía serlo, por aquello de que quién será el que no haya tocado un poco el violón en toda su vida; y entre los presidentes, altos empleados y otros funcionarios: los zascandiles de rigor en tales casos.

Resumen: que la cátedra se la llevó el diablo, moralmente considerado el asunto, y que á esta primera parte del libro sigue una disertación histórico-crítica de la flauta que vale cualquier dinero.

Reciba el Sr. D. Joaquín Valverde nuestra enhorabuena, y nuestro pésame el Conservatorio.

LA QUERIDA, POR JULES CLARETIE

La Querida, novela original de Julio Claretie, escrita muy recientemente, y con la cual ha alcanzado en Francia el actual director del teatro clásico francés uno de los más legítimos triunfos, es,

en verdad, una de las obras literarias más acabadas que han salido en estos tiempos de la vecina República.

Es Julio Claretie, hasta hace poco ingeniosísimo cronista de *Le Temps*, uno de los escritores más elegantes de la época presente, y tal vez en ninguna de sus obras puede echarse mejor de ver esta cualidad que en la novela que hoy se presenta al público en general.

La Querida es una novela llena de vida, salpicada de primores de estilo, de una acción sencilla, pero interesantísima, y que sirve de elegante muso al cuadro lleno de colorido que forman, al agitarse, los personajes todos de esta obra. La heroína, Lea Thibault, es una de tantas mujeres, hijas del azar, y sin más norma de conducta que el azar, dotada de una belleza deslumbradora y de una buena voz, que le sirven, aquélla para causar males sin cuento y ruinas en las familias que el destino cruza en su camino, ésta para convertirla en una artista popular entre cierto público de gusto dudoso, que tanto abunda en París.

Julio Claretie ha hecho del carácter de esa mujer como hay muchas, un estudio delicadísimo, que por sí sólo haría de esta novela un libro notable.

El eminente director de la *Comédie Française* ha tenido el buen gusto de no dejar á su novela, muy humana y muy real por cierto, ese sabor amargo que tanto gustan de dar á sus obras un porción de novelistas contemporáneos. En *La Que-*

rida el desenlace no deja en el lector esa impresión de disgusto que llevan á nuestro ánimo otros autores modernos, poco cuidadosos del deleite que la novela debe producir. Mauricio Vauthier y Claudio Pascal, víctimas ambos de depravados sentimientos y de la ambición de una mujerzuela que al fin muere asesinada en brazos de sus vicios, curan los males que su locura produjo, vuelven al buen camino, y remedian los perjuicios ocasionados por su funesto amor á la obrera convertida en cantante.

Tanto esos dos personajes (aquél la debilidad personificada, éste la energía y la fuerza de voluntad mismas), como Paulina y Cecilia, esposas de Vauthier y Pascal respectivamente, son caracteres copiados del natural, con bien rara fortuna, por Claretie.

La versión castellana de *La Querida* consta de dos tomos de más de 320 páginas cada uno, de cuyas condiciones materiales nada diremos, porque hartos conocidas son las de todos los volúmenes que forman tan acreditada biblioteca.

El segundo tomo se halla completado por un cuento del mismo autor, y vertido al castellano por el mismo traductor de *La Querida*, que es una verdadera filigrana de estilo. Se titula *Carlos y Cornelio*, y es dignísimo remate á un libro tan notable como *La Querida*.

Negro y rosa.

El canto del cisne.—La desgracia de Tía Úrsula, por Jorge Ohnet.

PERIQUILLO, POR JULIO CLARETIE

Los constantes favorecedores de EL COSMOS EDITORIAL conocen ya al gran novelista francés Jorge Ohnet. Las obras de este eminente escritor, que tiene ya publicadas, *El Gran Margal*, *Las señoras de Croix-Mort* y *Lise Fleuron*, han tenido un éxito extraordinario, tan grande como los que alcanzaron las primeras novelas de este privilegiado ingenio, tituladas *Sergio Panine*, *La Condesa Sara* y *Las Ferrerías de Pont Avesnes (Le Maître des Forges)*, de la que se han hecho en Francia DOSCIENTAS VEINTE EDICIONES. No hay ningún autor contemporáneo que haya alcanzado semejante resultado.

Las dos novelas que acaba de publicar dicha Empresa, y que se titulan *El canto del Cisne* y *La desgracia de tía Úrsula*, son, á pesar de ser las más cortas, las dos producciones mejores de Jorge Ohnet. Esta es, al menos, la impresión que han producido en Francia, donde acaban de publicarse.

El canto del Cisne es un verdadero idilio por su naturaleza; un drama, pero un drama profundo, por su interés cada vez más creciente. La odisea de la infeliz Maud, la tierna y apasionada esposa del violinista Stenio, arranca lágrimas del fondo del corazón.

En *La desgracia de tía Úrsula*, no sabe uno qué admirar más, si la pintura de los caracteres, dignos de la pluma de Balzac y de Dickens, ó la gracia y el ingenio de la narración, tan sencilla como llena de interés.

El nombre de Claretie es también conocido de los lectores de las obras de EL COSMOS EDITORIAL, y estamos seguros de que encontrarán en *Periquillo* un complemento digno de *Negro y Rosa*, y una de las novelas más preciosas y de más profundo interés de Claretie.

«Abnegación», novela sociológica de don Ubaldo Romero Quiñones. Un tomo en 8.º de 300 páginas: precio, 2 pesetas. Imprenta de Comas.—Sabadell.

Había leído, entre otras obras del fecundo originalísimo é incansable autor, sus novelas *La Chusma*, *Violeta*, *Juan de Avendaño*, *Los Huérfanos*; pero ninguna me ha impresionado ni conmovido tan hondamente como la que de trato de hacer, en brevísima crítica, un breve examen.

Fiel á la consigna de enseñar deleitando, el señor Romero Quiñones sacrifica algunas veces las re-

glas del arte á la exposición de la doctrina, como si escribiera para una sociedad eminentemente culta é ilustrada; su estilo, desaliñado muchas veces, noble siempre, rico en imágenes, puro en la frase, alto por el concepto, aparece algo enrevesado en ocasiones, atenuando el efecto de los más hermosos cuadros; lo que hace del autor un aristócrata de la literatura refinadísimo en el gusto de despreciar soberanamente al vulgo de las gentes, y cubre sus pensamientos con el antifaz del abandono en las reglas; recreándose en desorientar al lector y suspender su ánimo (cual si escribiese para generaciones de más ilustración y más cultura) en los capítulos de mayor interés, que hace necesario leerlos despacio y tres ó cuatro veces, por los problemas que al descuido plantea, con el más sutilísimo ingenio, condensando sus pensamientos en breves palabras.

Abusa también con frecuencia de su ilustración, abrumando al entendimiento del lector con múltiples ideas, y fustiga las malas costumbres con una crudeza de lógica que impone á fortiori el convencimiento, dominando en absoluto la inteligencia del lector. En este orden no admite competencias el Sr. Romero Quiñones.

Apasionadísimo de la verdad y de la justicia, defensor de los humildes y de los débiles, no conocemos otro novelista que llegue á su altura en el análisis psicológico de las pasiones humanas, ni más perspicaz para la observación, ni menos escrupuloso para exponer los hechos, con la sinceridad y gallardía que caracteriza al Sr. Romero Quiñones en sus novelas.

Sin amaneramientos ni consideraciones para el convencionalismo literario, con una valentía que admiramos, ataca los vicios y describe las costumbres con una desnudez tal, que sólo su lenguaje honesto y discreto, por medio de simbolismos, recata muchas veces las más torpes acciones, no cayendo nunca en la pornografía ni en ese realismo acre que hoy sirve de alimento á los histéricos de la literatura decadente.

Comparando la extraordinaria belleza de algunos de los capítulos con el descuido de otros, el abandono de las reglas gramaticales, hecho al parecer adrede por el Sr. Quiñones en sus novelas, contrasta siempre con el cuidado que muestra en la unidad moral y en la belleza de sus obras; sin caer nunca en los extremos de la pornografía inmoral de las pasiones fisiológicas, ni en el otro del romanticismo puro, que se parece, si se nos permite la comparación, al onanismo intelectual.

En todas las novelas del Sr. Romero Quiñones, que hemos leído con fruición, ha creado un tipo, encarnándolo en un héroe idealizado con todas las virtudes para caracterizar en él su tesis permanente, especie de modelo palpitante de lo que debe ser, tal vez demasiado intruído, tal vez demasiado perfecto y muy distante de las humanas fuerzas para imitarlo.

Para su antítesis toma siempre de las impurezas de la vida social tres ó cuatro modelos; he observado dolorosamente por, la lectura de *Violeta* y *Los Huérfanos*, que el Sr. Romero Quiñones tiene para esto preferencia por las clases altas, si bien en *Abnegación* las reivindica; lo que no cuadra con su temperamento literario ni con su educación intelectual, ni menos todavía con sus principios morales.

Podrá tal vez decirnos que tienen más deberes y medios esas clases para ser morales, pero no nos parece justa la preferencia del Sr. Quiñones.

Caracterizados por él su tesis, su antítesis, con lógica inflexible les hace obrar en el medio ambiente tal y como son; y aquí aparece maestro por el profundo conocimiento que del corazón humano tiene, exorna á sus tipos dándoles vida real con la luz de su ingenio y las galas de su imaginación hasta constituir la más perfecta síntesis social, llegando al final por la victoria de su tesis. Algo rojo nos parece el color de su sátira, pero no engaña nunca al público leyente, que puede á su gusto elegir, tomando de los dos términos del silogismo literario, la miel del sabroso provecho con la luz

de la cera por desengaño: que es la manera completa y perfecta de engañarle; por esto no apasiona, pero deleita, recrea, levanta y dignifica.

De aquí afirmamos que las obras del Sr. Romero Quiñones sólo puede saborearlas un público inteligente y electo, culto y muy ilustrado: esto en cuanto á la estructura general, pues su argumento no puede ser más sencillo.

El marqués de Tierra y la duquesa de Gracia es un matrimonio como hay muchos hoy, realizado por interés, virtuosa víctima ella, resignada; libertino absoluto y disoluto él: la derrocha sus intereses y la maltrata; tienen dos hijas en edad ya de suspirar deseos. *Abnegación* (heroína de la novela) y *Concreción*, parecida por el egoísmo á su padre.

Quiere casar éste á su hija Abnegación con César Libiano, sietemesino rico y alegre como su padre para continuar el marqués de Tierra en la orgía.

La duquesa, que ha sufrido todos los castigos y torpezas del marqués, no quiere consentir que su hija las sufra, y Abnegación, con el triste ejemplo de su madre, se resiste al matrimonio dando lugar á escenas interesantísimas y situaciones dramáticas, donde despliega el autor su gran ingenio y lo perspicuo de la observación, que hacen del señor Romero Quiñones un maestro en el arte de describir y caracterizar los personajes, en ocasiones con un realismo demasiado acentuado, hijo tal vez de la sinceridad con que para el público escribe.

El marqués de Tierra, comprometido por las deudas contraídas con su presunto yerno el señor Libiano, atropella por todo para imponer á su hija Abnegación el matrimonio y salvarse del castigo de los Tribunales. La duquesa de Gracia, después de haber tolerado las humillaciones y castigos de su hija Abnegación, no atreviéndose á plantear el divorcio por no perderla, consiente que vaya una temporada á un pueblo á casa de uno de los antiguos criados, administrador de los bienes de los marqueses, allí cacique jurado, cuyo tipo describe con maestría el autor, dando á conocer las costumbres de las gentes de los pueblos y haciendo atinadísimas observaciones, cual si hubiera vivido entre ellos. El tipo de *Concreción* está muy bien pintado, como el más perfecto del egoísmo y la coquetería femenina; rindiendo culto al placer por el placer, se casa con el conde de Cacabelos, solterón, vejete libertino, millonario, tío de Libiano y acreedor principal del marqués, á quien su sobrino, queriendo intimar la ruina de éste, le apercibe de la quiebra; el tío ve á *Concreción*, se enamora y se casa con ella, dejando á su sobrino, que ansiaba heredarlo, con un palmo de narices.

Éste se venga de su tío, preparándole una enerrona de mal gusto, después de haber tenido con él una discusión asaz cómica, que degenera en drama.

Abnegación, en tanto, estaba en el pueblo siendo víctima de las asechanzas de los administradores del marqués, que pretendían casarla con uno de sus hijos, llegando hasta calumniarla en su honra para poder conseguirlo mejor.

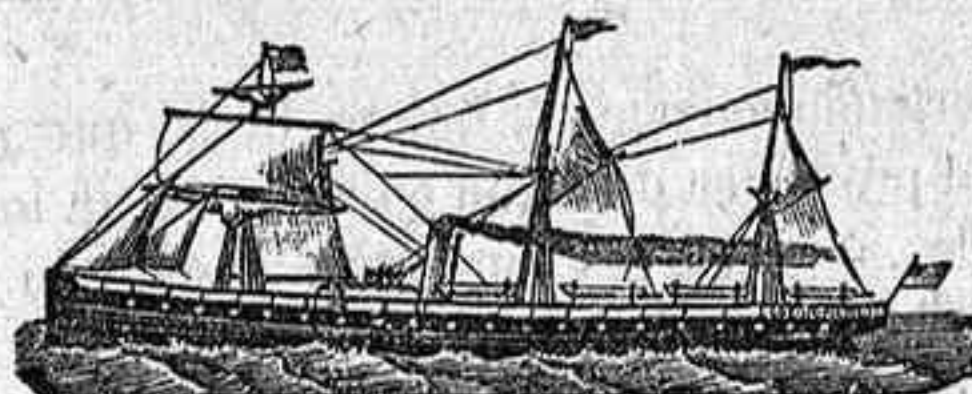
Huye de allí ella para salvarse: la epopeya de los sufrimientos que para ganar honestamente la vida con su trabajo tiene que pasar Abnegación, es sublime y conmovedora, rayando en el heroísmo. Las cartas que dirige á su madre desde el pueblo, son notables por más de un concepto. La descripción del convento es admirable; sus ideas sobre la felicidad y el matrimonio son tan originales como discretas. El tipo de Garrido, prometido de su alma, contrasta notablemente con Libiano, por lo profundo de su amor y alto de sus pensamientos. Hay en los héroes de la novela rasgos de generosidad y de desinterés que nada tienen de comunes ni vulgares, y las situaciones son naturales. La idea de la colonización es novísima y ha de dar motivos de discusión á las escuelas socialistas por lo que tiene de cristiano y espiritual el proyecto; pero no creemos deben llevarse á la novela estas cuestiones.

ANTONIO GELABERT Y CANO.

Palma 8 de Enero de 1887.

ANUNCIOS

Servicios de la Compañía



Trasatlántica de Barcelona.

VAPORES-CORREOS A PUERTO-RICO Y HABANA

Con escalas y extension á Las Palmas, Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico

Salidas trimensuales: de Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes, para Las Palmas, Puerto-Rico y Habana.

Santander, el 20, y Coruña, el 21, para Puerto-Rico, Habana y Veracruz.

Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30, para Puerto-Rico, con extension á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extension á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colon y Puertos del Pacífico, hacia Norte y Sur del Istmo.

VIAJES DEL MES DE ENERO

El 10, de Cádiz, el vapor **Cataluña**; el 20, de Santander, el vapor **Reina Mercedes**; y el 30, de Cádiz, el vapor

VAPORES-CORREOS A MANILA

Con escalas en Port-Said, Aden y Singapoore, y servicio á Iloilo y Cebú.

Salidas mensuales: de Liverpool, el 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.

El vapor **Santo Domingo** saldrá de Barcelona el 1.º de Febrero próximo.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes, en **Barcelona**, la *Compañía Trasatlántica*, y Sres. Ripoll y C.ª, plaza Palacio.—**Cádiz**, Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—**Madrid**, D. Julian Moreno, Alcalá, 33 y 35.—**Liverpool**, Sres. Larrinaga y C.ª.—**Santander**, Angel B. Perez y C.ª.—**Coruña**, D. E. da Guarda.—**Vigo**, D. R. Carreras Irigorri.—**Cartagena**, Bosch hermanos.—**Valencia**, Dart y C.ª.—**Manila**, Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

A. Romero A.

Capellanes, 10.

Gran almacén de música, pianos, órganos y demás instrumentos de salón. Salón de conciertos. Obras musicales en todos los ramos del arte.

Pianos de las más renombradas fábricas de Europa. Unico depósito en España de los célebres *Steinweg*, inmejorables por su sonoridad y resistencia.

Se remite gratis el catálogo ilustrado.

MADRID

TINTURA SIN IGUAL

DEL Dr. BERNET DE BAYONA

Es la mejor tintura progresiva que se conoce. Considérese ilegítima toda la que no lleve en la caja exterior y prospecto la siguiente dirección: Depósito único por mayor y menor en España:

PERFUMERÍA FRERA
1, Carmen, 1, Madrid.

HORA FIJA

Por 2,50 pesetas semanales relojes de todas clases. Se hacen composuras garantizadas.

Gran relojería de J. G. Herreros.

43, CONCEPCION JERÓNIMA, 43

MADRID

COMPAÑÍA COLONIAL

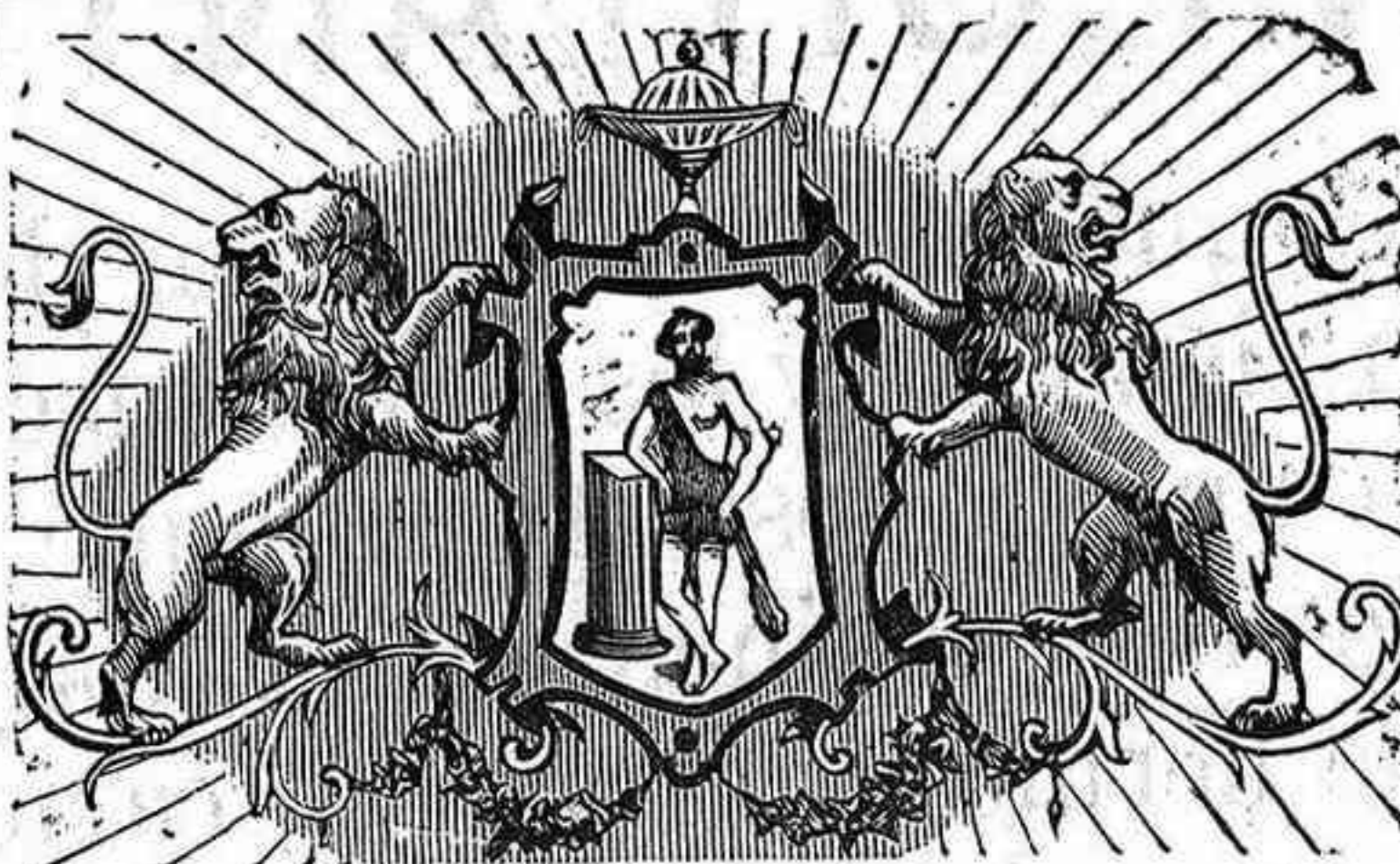
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES. GRAN MEDALLA DE ORO
Y LA CRUZ DE LA LEGION DE HONOR PARA SU DIRECTOR

En la Exposición de París de 1889.

CHOCOLATES SUPERIORES

ACREDITADOS CAFÉS
BOMBONES DE CREMA Y PRALINE

Depósito general: MAYOR, 18 y 20.—Sucursal, MONTERA, 8, Madrid.



EL NON PLUS ULTRA

DE LOS JABONES DE TOCADOR

FABRICADO ESPECIALMENTE POR L. ECKELAERS, DE BRUXELAS

PARA LA PERFUMERÍA FRERA

CARMEN, 1, MADRID

CASA ESPECIAL EN BLANCOS Y TINTES

LA AMUEBLADORA

Cuantos muebles sean necesarios para amueblar habitaciones, ya sean modestas ó de lujo, se encontrarán en esta casa, sillas mecedoras de Viena y de nuestra fábrica, á precios módicos. Exportación á provincias. Catálogos gratis.

GRAN COMERCIO

DE

SASTRERIA

DE

ANDRES SOLERO CRESPO

Especialidad en togas, uniformes militares y civiles; condecoraciones de todas clases; todo lo perteneciente al profesorado y magistratura, como son birretes, vuelillos y mucetas.

MADRID

4, PRECIADOS, 4

DEPÓSITO DE MUEBLES

4, Isabel la Católica, 4.

Inmenso surtido á precios módicos; mecedoras, sillas de Viena y de nuestra fábrica: hay una existencia de 4.000, desde veinte reales. Facilidades para el pago. Exportación á provincias. Catálogos gratis.

Negro firme.

IMPERMEABLES

No cambian de color.

N. LEJEUNE ET C.ª, PARÍS

Nuestros impermeables se recomiendan por su fabricación y por la superioridad del tejido. Recordamos á los señores Jefes y Oficiales que tenemos á su disposición, como el año pasado, muestras que pueden pedir por correspondencia, y que tendremos sumo gusto en mandarlas, así como los precios.

N. Lejeune et C.ª, 30, rue de l'Echiquier.

PARÍS



IMPERMEABLES INGLESES

Marca «Gallo.»

Especialidad en Capotes impermeables, forma reglamentaria para los señores Oficiales y Jefes del Ejército. Precio: capote impermeable con valona y capucha de los llamados de seda, 72 pesetas.

Para facilitar á los cuerpos militares la adquisición de nuestros impermeables, de excelente calidad, les ofrecemos la ventaja del pago en tres plazos, á 24 pesetas cada uno. Remitimos muestras del tejido á quien lo desee.

Luis Vives y Compañía.

CALLE DE FERNANDO, 20, BARCELONA

SOBRE CUBIERTA

Ya vamos cara al buen tiempo, como decía aquel baturro de Caspe cuando se presentaba en mangas de camisa en el mes de Enero.

Hay un dicho vulgar, ó sentencia, ó consejo que recomienda: «á mal tiempo, buena cara.»

De aquí parece deducirse que «á buen tiempo debemos poner mala cara.»

Por *fortuna*, y para evitarnos este trabajo, ni el tiempo es bueno, ni queda ya cosa buena en el tiempo que corre ó que nos corre.

Sin embargo, no han sido estos últimos días es casos de sucesos.

Puñaladas y *Pichichis* y *Melos*, conocidos y aun aplaudidos timadores, capturados en su vigésima edición por la policía: esto como siempre.

Son timadores de acompañamiento, que entran por la derecha y salen por la izquierda, y vuelven á pasar por detrás del telón de foro para presentarse otra vez por la derecha.

Pero lo notable que se ha presentado en el ruedo, digo, en Madrid, ha sido Stuart Cumberland, que es un caballero inglés, adivino de nacimiento.

Le presentan un caballero, y en cuanto le ve le dice:

—Usted es D. Fulano de Tal, nacido en tal parte, á tal hora, hijo de Mengano, ó de Mengano ó Zutano, y demás; es usted soltero, ó casado ó no-drizo, empleado ó cesante, militar ó paisano, posee usted cinco pesetas (por ejemplo) de renta anual, y sus sueños dorados consisten en llegar á la posesión de alguna cosita más.

Esto sorprende á cualquiera persona, por ignorante que sea.

—Caballero, puede decir á otro; usted tiene se flora, y es un ángel, pero inclinado al arma de ca-

ballería (supongamos); quiero decir, que procure usted proveerse de algún amuleto contra los húsares de... ó contra los lanceros... porque su esposa se halla dominada por lo que pudiéramos llamar una obsesión de á caballo.

Este es un consuelo para cualquier marido de la clase de paisano, ó de la de seglar, que son homónimos, según opina uno que escribe piezas para el teatro.

Conocido el peligro, puede optar por sortearle ó por dejarse sortear.

Esto va en gustos.

Para Cumberland no hay secretos.

Adivina los pensamientos nonnatos en el cerebro (supongamos) del pensador.

Es un aparato que ilumina al hombre por dentro.

Ya no hay secretos.

Cumberland no ha revelado si la ciencia ó la vista que posee, son transmisibles.

Creo que no, porque si pudiera transmitirse y convertir á cada agente de policía en un Stuart, ¿para qué queríamos mejor garantía personal los hombres de bien?

Comparando á los adivinos que hasta ahora usábamos con Stuart Cumberland, se ve la pequeñez de aquéllos.

Los mismos apóstoles de *jongo* y cazadora que recorrieron España hace algunos años, eran unos infelices.

¿Qué sabían ellos de los pensamientos del prójimo?

Este Cumberland es más serio.

Es un hombre superior, que así como Manolo García (*El Espartero*) ha nacido en una espartería de Sevilla para torero, según parece ha venido al mundo para adivinar.

Pregunta cualquiera de los concurrentes á las experiencias de Stuart:

—¿Dónde está, por ejemplo, la pastora?

Y en seguida responde Cumberland:

—Pues en tal parte.

Y van ustedes, y allí está la pastora.

—¿Dónde está el gato?

Y lo mismo.

Cuentan que un personaje importante en política preguntó noches pasadas á Cumberland:

—¿En qué pienso yo ahora?

Y Stuart Cumberland respondió:

—Usted no piensa más que á las horas de costumbre.

EDUARDO DE PALACIO.

CHARADAS

Cruzando por los verjeles
que á dos *tercera* rodean,
tropecé con una *todo*
horrible, asquerosa y fea;
válime de mi *tres cuatro*
para matarla, y dí vuelta
primera, segunda, tres
por ver á quien me *una tercera*.

Mi primera y segunda hiere á veces
cual si la *tercia dos*, traidora mano,
mi todo introdujera en cuerpo humano.

Solución á las del número anterior:

SORDINA.—AMÉRICA.

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

IMPORTANTE

Todos los suscritores que lo hayan sido por lo menos durante seis meses, y que continúen siéndolo, y los que se suscriban por un semestre, recibirán como regalo un precioso Almanaque para el presente año.

Consta el mismo de 160 páginas, en 4.º mayor, impreso en buen papel, con profusión de hermosos grabados, caricaturas y abundante y variada lectura. Está esmeradamente impreso, y lleva una elegante cubierta.

LA ILUSTRACIÓN NACIONAL

REVISTA DE 16 PÁGINAS Y SUPLEMENTOS CON MAGNÍFICOS GRABADOS

Ciencias.—Artes.—Industria.—Literatura.—Música.—Teatros.—Modas.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Trimestre..	4 pesetas 50 cénts.
Semestre.	9 » »
Un año.	18 » »

Los pedidos pueden dirigirse á la Administración en Madrid, CALLE DEL ALMIRANTE, 2, QUINTUPLICADO.